Nota de lectura

TÚNEZ, MEMORIAS EN CONTRASTE: PODER, COLABORACIONISMO Y RUPTURA BAJO BURGUIBA

Bernabé LÓPEZ GARCÍA

Bernabe.lopezg@uam.es

Para citar este artículo: Bernabé LÓPEZ GARCÍA (2021): “Nota de lectura *Túnez, memorias en contraste: poder, colaboracionismo y ruptura bajo Bourguiba*” en *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 31, pp. 258-298.

La editorial Sud de Túnez ha llevado a cabo desde tiempo la aventura de publicar memorias de personajes públicos que permiten mirar la historia tunecina desde visiones divergentes. Parece oportuno poner en contraste algunas de ellas a fin de obtener matices sobre la historia del país que ayuden a dar una imagen más completa de lo acontecido en el más pequeño de los países del Magreb, pero también el más maduro desde un punto de vista social y humano.

En el número 28 de la *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos* (REIM, diciembre de 2019) publiqué una extensa reseña de una de esas memorias, el libro de Hédi Baccouche *En toute franchise. Témoignage d'un militant pour l'indépendance et le développement de la Tunisie*, publicado en 2018 en dicha casa de ediciones. Se contaba el itinerario personal de este funcionario, viejo militante del partido de Bourguiba, que había ido escalando funciones de más alta responsabilidad, de gobernador a primer ministro, pasando por momentos de ostracismo obligado o de retirada voluntaria. El recorrido vital de Baccouche permitía seguir el curso de la historia tunecina a través de su mirada comprometida, crítica a veces, complaciente otras, neutral las más. Ha sido la posterior lectura de otros libros autobiográficos de políticos tunecinos como Béji Caïd Essebsi, Ahmed Mestiri y Mohamed Mzali, la que me ha hecho pensar en el interés de proceder a esta aventura de contraste de memorias con estas tres figuras emblemáticas del ejercicio en Túnez de la política, marcadas por etapas de colaboración estrecha con el poder combinadas con otras de alejamiento o distancia e incluso, en el caso de Mestiri, de ruptura con el sistema.

Por un lado, el de Béji Caïd Essebsi, *Habib Bourguiba. Le bon grain et l'ivraie*, editado por primera vez en 2009 cuando el autor llevaba más de tres lustros retirado de una vida política en la que disfrutó de altos cargos bajo el régimen de Bourguiba y otros de menor responsabilidad bajo el mandato de Ben Ali. En febrero 2017, en una tercera vuelta al ejercicio del poder, ejerciendo ya de jefe del Estado, el libro fue reeditado tal cual, sin añadir nada a lo escrito antes de la revolución que lo llevaría a la presidencia del país.

Por otro, el de Ahmed Mestiri, *Temoignage pour l'Histoire. Des souvenirs, quelques reflexions et commentaires sur une époque contemporaine de la Tunisie, accessoirement du Maghreb (1940-1990) et sur la Révolution de 2010-2011*, publicado unos meses después de la revolución, tras largos años en la oposición, primero a Bourguiba y su régimen con el que había colaborado estrechamente durante dos décadas y, más tarde, a Ben Ali.

Y por último el de Mohamed Mzali, *Un Premier ministre de Bourguiba témoigne*, aparecido por primera vez en Francia en 2004, recién vuelto a su país después de un largo exilio de 16 años, y reeditado ya en Túnez en 2010, el año de su muerte.

A través de los tres se puede conocer mejor la personalidad del fundador del Estado moderno tunecino, con sus luces y sus sombras, lo que hizo y lo que dejó de hacer, así como distintas versiones de diversos episodios de la historia tunecina tales como la disidencia yousefista, la realidad de los errores o aciertos del cooperativismo de Ben Salah y su caída, las improvisaciones del asunto de Bizerta, las responsabilidades de lo ocurrido el Jueves Negro de 1978 o en la crisis de la revuelta del pan de 1984. Sobre el periodo de Ben Alí, todos pasan bastante por alto, quizás porque están escritos y dos de ellos publicados en dicho periodo en el que las lenguas estaban atadas.

Béji Caïd Essebsi, a la sombra de Bourguiba¹

Habib Bourguiba. Le bon grain et l'ivraie no es, pese a lo que puede inducir el título, un libro sobre Bourguiba, sino un libro de memorias del que fue presidente de Túnez entre 2014 y 2019, fallecido poco antes del término de su mandato: Béji Caid Essebsi. Pero, como muchos otros libros de memorias de políticos tunecinos, está escrito con la referencia permanente, incluso desde el título, a la figura del que fue el fundador del Túnez moderno.

El libro, como se ha dicho más arriba, se publicó por primera vez en el año 2009, cuando el autor llevaba más de tres lustros retirado de la vida política, tras un largo recorrido de personaje público en la cercanía de Bourguiba bajo su régimen y con una breve incursión al principio del mandato de Ben Ali en que presidió la Cámara de Diputados. Escrito cuando el autor contaba con más de 80 años, pretendía ser más bien un balance de vida, un homenaje afectivo -aunque no exento de crítica- a la figura de Bourguiba, sin imaginar para nada en qué circunstancias excepcionales habrían de elevar a su autor a la presidencia del gobierno y a la jefatura del Estado pocos años más tarde.

¹ Béji Caïd Essebsi, *Habib Bourguiba. Le bon grain et l'ivraie*, Sud Editions, Túnez 2009 (Primera edición). 2ª edición, febrero 2017, 525 páginas.

La centralidad en el título de la figura de Bourguiba pretende justificarse en el prólogo “por la amplitud del proyecto del que fue portador y que confirió su sentido y su coherencia a la acción del gobierno y a la reforma profunda que renovó y modernizó a Túnez”², distinguiéndose así, según pretende el autor al escribir este libro, de la propensión de otros memorialistas “a ponerse en el centro de la acción hasta el punto de marginalizar la visión y el impulso del Presidente Bourguiba”. La acción de Béji Caïd Essebsi narrada en esta obra no pretende ser vista más que como “una contribución al servicio de ese proyecto” del que Bourguiba fue “fuente y garante”. Pero no por ello quiere obviar su propia contribución, a veces como mero testigo, pero otras como actor principal, en la resolución de situaciones críticas que le tocó vivir.

Las memorias están construidas en 25 capítulos que narran, cronológicamente en la mayor parte del libro, episodios decisivos de la historia tunecina en tiempos de Bourguiba, en los que el propio autor tuvo un cierto protagonismo y acerca de los cuales quiere aportar su visión del papel desempeñado por el Presidente, al que reconoce que la edad fue progresivamente restando sus capacidades, desde una audacia y firmeza iniciales hasta un narcisismo personalista a mitad de reinado y una rigidez y esclerosis de fin de reino en que Bourguiba terminará convertido en una personalidad influenciada y manipulable por su entorno.

Los enunciados de los primeros capítulos refieren momentos cruciales de la historia tunecina, como la crisis producida por la disidencia de Salah Ben Youssef³, los episodios del bombardeo de Sakiet Sidi Youssef y de Bizerta, el congreso del Partido Socialista Desturiano (PSD) de Monastir en 1971, el acuerdo de Djerba con Libia en 1974 o el “Jueves Negro” de 1978, en los que aparece el autor, cerca del presidente, como testigo o protagonista. Otros capítulos hablan de “Los hombres clave” del primer bourguibismo (Taieb Mhiri⁴, Ahmed Tlili⁵ y Bahi Ladgham⁶) o hacen referencia a momentos de su propia trayectoria, personal, profesional y política, como el “Intermedio y retorno al Ministerio del Interior” (1962-69), o “En el gobierno Mzali” en el que dirigió la política exterior (1981-1986).

Un segundo bloque de capítulos es de carácter temático e informa o revisa lo que representó para Túnez el primer “Irak en guerra” o el papel del Gran Magreb en la política tunecina o analiza las relaciones con los dos vecinos de Túnez, Argelia y Libia. Los tres últimos capítulos vuelven a estar centrados por completo en la figura de Bourguiba: “El relieve de la vida”, dedicada al papel de la mujer y a las mujeres en la vida del Presidente; “El bourguibismo”, a su personalidad, en el que no se ahorran críticas a su “inmoderación”; y el breve “Los funerales”, en el que el autor predice que, tras años de olvido bajo el régimen de Ben Ali, la figura de Bourguiba

² *Ibid.*, p. 9.

³ 1907-1961. Figura clave de la lucha por la independencia fue secretario general del Neo-Destur de 1948 a 1955, en periodos de ausencia de Bourguiba del país en razón de exilio o encarcelamiento. Enfrentados ambos por rivalidades personales y políticas, huyó del país y fue asesinado en Frankfurt por mandato de Bourguiba.

⁴ 1924-1965. Fue, durante una década, el primer ministro del Interior tras la independencia.

⁵ 1916-1967. Fue uno de los fundadores del sindicato UGTT y secretario general del mismo entre 1956 y 1963. Exiliado en 1965. El 25 de enero de 1966 publicó una carta al Presidente Bourguiba que fue toda una requisitoria contra las desviaciones de su régimen. Caïd Essebsi la publicará íntegra en los anexos de sus memorias.

⁶ 1913-1998. Viceprimer ministro junto a Bourguiba en el primer gobierno de la independencia se convertiría en secretario de Estado de la Presidencia en 1957 cuando Bourguiba acceda a la Presidencia, ejerciendo, de hecho, de Primer ministro.

“saldrá entonces del purgatorio y la estatua ecuestre del más ilustre de los tunecinos recuperará su puesto en Túnez, en la avenida Habib Burguiba, frente a la estatua de Abderrahman Ibn Jaldún, el sociólogo tunecino más ilustre de todos los tiempos”.

La “profecía” hecha en este libro de 2009 la hizo realidad el propio Caid Essebsi en 2016, siendo ya presidente, reinstalando la estatua -apeada de su pedestal por Ben Ali- en su lugar original en el que permanece hasta la actualidad.

Las casi dos décadas de retiro de la vida pública del autor, que coinciden con los momentos más agudos de la dictadura de Ben Ali, están prácticamente ausentes del libro. Es una manera velada de criticar el régimen bajo el que escribe estas memorias y la falta de libertad para expresarse. En el capítulo sobre “El Gran Magreb” deja unas reflexiones sobre el papel cumplido por los “fundadores” del Magreb moderno, los que realizaron su independencia, y sobre el que deberían cumplir sus “sucesores”, dejando entrever unas carencias que estos últimos no parecen haber cumplido, en referencia clara a Ben Ali:

“Los sucesores deben hoy, frente al nuevo desafío, manifestar el mismo compromiso y la misma resolución. Al menos deben dejar a los pueblos expresarse. No dudo que los pueblos del Gran Magreb tengan la capacidad de plantear los verdaderos problemas y de crear las condiciones necesarias para superarlas y realizar al fin un Magreb solidario, fraterno y moderno”.

Se trata, por tanto, fundamentalmente, de un balance del burguibismo realizado desde dentro, por un personaje cercano al líder, pero de una generación posterior, nacido un cuarto de siglo después del presidente. Una generación del *desturianismo*, como será también el caso de Ahmed Mestiri nacido por las mismas fechas, integrada por

“hombres de la segunda generación que, como yo, se comprometieron en la acción política en los años 50, y que se consagraron lealmente al proyecto burguibista. Sosteníamos su manera de ver y de actuar. Era mi caso, pero no era el único. Ciertas fases de la vida política nos sumergían en cierta vergüenza, habríamos deseado otros métodos, pero en el fondo estábamos por este proceso. Creíamos, con Burguiba, en la pertinencia del partido único (...) omnipresente y forzosamente omnipotente”⁷.

El caso de Béji Caid Essebsi es el de un personaje que ocupó puestos de responsabilidad en la gestión y gobierno del país, que empezó a conocer las fallas del sistema colonial ya en su adolescencia y comenzó su andadura política con la independencia, siempre en pos de Burguiba.

Béji Caid Essebsi: Juventud y militancia desturiana

Había nacido en Sidi Bou Said en 1926, y será la represión de 1938 la que le abra los ojos a la opresión colonial y será durante sus estudios en París, a finales de los cuarenta y principios de los cincuenta, cuando, en la cercanía amistosa de Habib Burguiba Jr.⁸ comiencen sus contactos con dirigentes del partido, su militancia desturiana y su participación en asociaciones estudiantiles norteafricanas

⁷ *Ibid.* p. 172.

⁸ 1927-2009. Hijo de Burguiba y de su primera esposa Mathilde Lorain. Desempeñó el puesto de ministro de Asuntos Exteriores entre 1964 y 1970. Mantuvo una actitud de reserva en el proceso contra Ahmed Ben Salah.

(AEMNA). De esta estancia parisina datará su conocimiento personal de Bourguiba, que lo dejó “extasiado, subyugado por [su] autoridad y seguridad”⁹, en un encuentro que lo marcaría de por vida.

De otros encuentros parisinos con el presidente, que le trataba “como un padre ansioso de iniciar a un hijo mayor en el sentido de la vida y en las cargas de responsabilidad”, refiere un debate sobre la guerra de Corea al que asistió y que le permitió entender la opción por el campo occidental de Bourguiba y su atracción por el modelo político americano.

Durante sus años de formación en Francia, el “discurso de Thionville”, pronunciado el 9 de abril de 1950 por el ministro de Exteriores francés, Robert Schumann, asignando al nuevo Residente general el objetivo de lograr para Túnez “el pleno desarrollo de sus riquezas y llevarlo a la independencia”, le mostrará los límites de la política francesa incapaz de poner en práctica sus promesas. El discurso, que Essebsi publica en apéndice, será un punto de inflexión importante para el Neo Destur al evidenciar las contradicciones de Francia y abriría el camino para la reclamación de unas reformas que la metrópoli no dudó en obstaculizar, inaugurando una dura etapa de la historia tunecina.

Caid Essebsi retorna a Túnez con su licenciatura en Derecho en el año crucial de 1952, ingresando en un gabinete de abogados donde se ocupará, inicialmente, de la defensa de militantes desturianos y sindicalistas de la UGTT ante tribunales militares. Serán unos momentos delicados de la vida del país, que pronto sufrirá el choque del asesinato del dirigente sindical Farhat Hached¹⁰. Esta actividad le permitirá el conocimiento de algunas personalidades como Ahmed Tlili, que lo integrará, un tiempo después, en un momento ya de desescalada política próxima a la independencia, en una comisión para el desarme del maquis. En el capítulo “Los años de brasa” repasa su relación con algunos personajes con los que tuvo contacto, bien en la cárcel o a través de actividades del partido, como fueron, aparte del propio Tlili, Hédi Nourira¹¹, Béchir Ksiba, Farhat Hached, Allala Balahwane, y recuerda algún episodio en los años previos a la independencia en el que hubo de intervenir como abogado.

Caid Essebsi y la “crisis yussefista”

La versión que da el libro sobre “La crisis yussefista” es próxima a la oficial del burguibismo. Insiste en que Ben Yussef, en el momento en que se producía la ruptura, en septiembre-octubre de 1955, “caía fácilmente en la demagogia”, al afirmar que la autonomía interna no era más que una fórmula para perpetuar el Protectorado. Ben Yussef instrumentalizó el zócalo cultural de la religión, acusando desde la tribuna de la Gran mezquita Zituna el carácter laico -que calificaba incluso de ateo- de las reformas que proponía el “Combatiente Supremo”, lo que provocó su exclusión del Neo Destur en el congreso de Sfax, arrastrando tras él a un sector de la militancia y creando un cisma que tardaría tiempo en saldarse. Huido a Libia, acabaría condenado a muerte en rebeldía, para morir asesinado años más tarde por orden de Bourguiba.

⁹ Caid Essebsi, *Ob. cit.*, p. 20.

¹⁰ 1914-1952. Fue el histórico fundador de la UGTT, asesinado por la organización derechista francesa La Mano Roja y convertido en mártir por la independencia.

¹¹ 1911-1993. Fue Primer ministro entre 1970-1980, responsable de una liberalización de la economía.

En esta crisis Caid Essebsi toma partido por el reformismo burguibista¹², entrando como agregado en el gabinete del Primer Ministro, cargo ejercido entonces por el propio Burguiba por elección de la Asamblea Constituyente salida de las urnas del 25 de marzo de 1956. Impresionado por la velocidad y fecundidad reformista del “Combatiente supremo”, y ante las reacciones de los conservadores por haber convertido en una prioridad la reforma del estatuto de la mujer, llegará a expresar a Burguiba su temor, a lo que éste le responderá: “¡Si esta reforma no se realiza ahora, no podrá, tal vez, llevarse a cabo nunca, e incluso no estoy seguro de poder realizarla en los próximos seis meses!”.

La reforma sin embargo se impondrá gracias al tesón de Burguiba, promulgándose el nuevo Código reformista de Estatuto personal, tan solo cuatro meses después de la independencia.

Las reformas se harán, según señala,

“en todos los frentes, en un crescendo irresistible, sosteniendo esta vasta campaña por el discurso de la persuasión, por el contacto directo con el pueblo, sin descontar a veces el recurso a la intimidación poniendo en juego su autoridad personal”.

Destaca, entre las reformas, la liquidación de los bienes habices, en una suerte de “desamortización” que desafió a los elementos más tradicionales, al poder religioso ejercido desde la Universidad Zituna a la que también le llegará su reforma.

Caid Essebsi en la Administración

Desde su nuevo puesto, Caid Essebsi será testigo de la transferencia de los servicios de seguridad, bajo la dirección del nuevo ministro del Interior, el influyente Taieb Mehiri. Entre sus tareas estará representar a su ministerio en la delegación que presentará en Ginebra la candidatura de Túnez a la OIT, o colaborar en la instalación de una administración regional. Problemas más espinosos serán los traspasos de competencias en los dominios de Defensa y Asuntos Exteriores en tanto pervivía la guerra de Argelia, obligando a Túnez a llevar un difícil equilibrio entre las exigencias e intereses de Francia, la protección de su soberanía nacional y los deberes de solidaridad hacia su vecino del Oeste, ya que Túnez se había convertido en “sede política, repliegue táctico y base de aprovisionamiento de la resistencia argelina”¹³.

Trasladado al ministerio de Interior cerca de Taieb Mehiri, le tocará vivir dos eventos clave de la historia tunecina en su logro de la soberanía nacional: el episodio de Sakiet Sidi Youssef, el bombardeo de población civil por Francia en febrero de 1958 y la crisis de Bizerta en 1961. Del primero destacará la habilidad mediadora del representante tunecino en Naciones Unidas, Mongi Slim¹⁴, hombre de la primera generación, “que busca la eficacia antes que la polémica” y que consiguió defender los derechos de Túnez frente a la agresión por Francia, al tiempo que llevó la cuestión argelina ante el Consejo de Seguridad. Del segundo episodio asegurará que fue gracias a “la batalla de Bizerta” que se concretó al fin la independencia del país, al lograrse que el ejército francés abandonase definitivamente Túnez. Fue a sus ojos “una de las etapas necesarias de la gran

¹² Capítulo “El tiempo de las reformas”.

¹³ *Ibid.*, p. 73

¹⁴ 1908-1969. Primer embajador de Túnez en Estados Unidos y en las Naciones Unidas entre 1956 y 1961. Presidió la Asamblea General de la ONU de 1961 a 1962 y fue ministro de Exteriores desde esta fecha a 1964.

guerra de liberación” de su país, gestionada por el presidente Bourguiba con su habitual método de combinar por etapas su iniciativa, la presión popular y la internacionalización del problema. No hay el menor atisbo de censura hacia un episodio que dejó un balance de más de 600 víctimas civiles tunecinas y del que otros memorialistas, como veremos en el caso de Mestiri, darán versiones más críticas.

Este episodio, unido a otros factores, dejará un rescoldo de descontento en sectores del país que desembocará en el complot de diciembre de 1962, tras el que Caid Essebsi se verá nombrado director de la Seguridad Nacional, obligado a “hacer frente a las secuelas del complot”¹⁵. La descripción que Essebsi hace del clima vivido en el país no arroja crítica alguna a la gestión autoritaria de Bourguiba, aunque reconoce que el país estaba necesitado de un cambio y “de un esfuerzo de movilización política y económica”:

“Las implicaciones de la crisis de Bizerta, la ruptura de la ayuda económica de Francia, el fin de la guerra de Argelia, la terminación de la instalación del Estado, impaciencias en la reforma agraria y vivas críticas sobre la edificación de los palacios presidenciales señaladas por el periódico del Partido Comunista *Al-Talia*. El país atravesaba una situación económica difícil y sufría de un marasmo social marcado por la penuria de ciertos productos esenciales, lo que obligaba a los tunecinos a hacer largas colas de espera para comprar un litro de aceite. Estos factores acumulados desembocaron en el complot del 19 de diciembre en el que se vieron reunidos antiguos resistentes, antiguos yusefistas, oficiales del ejército e incluso ciertos cuadros desturianos, sin duda traumatizados por los acontecimientos de Bizerta y las acciones de ciertos responsables regionales”¹⁶.

En ese esfuerzo de movilización política participará en la comisión que, bajo presidencia de Taieb Mehiri, preparará una resolución para el Consejo Nacional del Partido de la que saldrá la idea del “socialismo desturiano”, que acentuó la dimensión social del régimen y operó un cambio de rumbo en busca de la adhesión de sectores de la población descontentos. Este cambio de nombre no significó el anuncio de la desaparición del término “desturiano” que algunos temieron como Jallouli Fares¹⁷:

“Cuarenta y cinco años más tarde, el temor de no se ha verificado. Ha sido el socialismo el que, cuando el cambio del 7 de noviembre, ha cedido el puesto al término ‘democrático’, mientras el ‘desturiano’ ha resistido la prueba del tiempo. No dudo que, si un próximo cambio se produce, el partido recuperará su vieja apelación de ‘Neo Destur’”¹⁸.

No se cumplió sin embargo su vaticinio tras la revolución de 2011, etapa en la que le iba a tocar a Caid Essebsi cumplir un papel de primer orden, pero en la que el “desturianismo” se vio finalmente postergado e identificado con el antiguo régimen¹⁹.

¹⁵ Caid Essebsi, *Ob. cit.*, p. 125.

¹⁶ *Ibid.* P. 139.

¹⁷ 1909-2001. Primer presidente de la Asamblea Constituyente y de la Asamblea Nacional tunecinas entre 1956 y 1964.

¹⁸ Caid Essebsi, *Ob. cit.*, p. 141.

¹⁹ De las cenizas del RCD, el partido que continuó bajo Ben Ali la senda del PSD y del viejo Neo Destur, ha surgido tras la revolución el Partido Desturiano Libre, fundado en 2013 como Movimiento Desturiano por Hamed Karoui primer ministro de Ben Ali entre 1989 y 1999. En la actualidad y desde 2016 el nuevo partido está dirigido por la abogada y diputada Abir Moussi.

A la muerte prematura de Taieb Mehiri a Essebsi le tocará ocupar su puesto de ministro del Interior en julio de 1965 hasta septiembre de 1969. Años complicados, en los que se deberá afrontar crisis como la producida por las manifestaciones a raíz de la guerra de los seis días, en las que por primera vez se planteó la pertinencia o no de hacer intervenir para la defensa del orden público al Ejército, apartado hasta entonces de la política, a lo que el propio Essebsi y Ahmed Mestiri, ministro por entonces de Defensa, se opondrán.

Caid Essebsi y los años de la experiencia “Ben Salah”

Años también dominados por la experiencia económica y política del cooperativismo inspirada por Ahmed Ben Salah²⁰, alentada desde los medios de comunicación oficiales que, a su juicio, “disimulaban las tensiones sociales y políticas” y las resistencias en sectores de las capas medias de agricultores y pequeños empresarios. Años también en los que el partido acabó confundido con el Estado y aparecieron las primeras disidencias significativas como la de Ahmed Tlili, pionero en acusar de falta de democracia al sistema y Ahmed Mestiri.

En una extensa carta dirigida al presidente Bourguiba en enero de 1966, Tlili se desmarcó abiertamente de la política seguida y achacó el fracaso a la falta de democracia y a las derivas autoritarias del sistema, trazando una radiografía muy crítica de la evolución del país y del partido desde la independencia. Essebsi confesará que a esa misma conclusión habían llegado tanto él como “la base más amplia de los militantes”²¹.

Pero Caid Essebsi se muestra encerrado en la contradicción entre, de un lado, su admiración por la figura de Bourguiba y sus logros y, por otro, la necesidad de defender la democracia. Contra el que fue su modelo, confiesa abiertamente que “Bourguiba no era demócrata, tenía incluso una cierta alergia a la democracia”. Pero acaba reconociendo que “un régimen estrictamente democrático habría hecho abortar probablemente todas sus innovaciones progresistas, liberadoras, y absolutamente decisivas para hacer salir del arcaísmo a la sociedad tunecina de los años 1950”²². La permanencia de Essebsi al frente de la cartera de Interior coincidirá con los años en que se va a hacer visible la crisis de lo que llama “el fracaso de la experiencia de las cooperativas”, que el superministro Ahmed Ben Salah llevaría a cabo en la década de los sesenta. En las memorias se dice de dicha experiencia que, en un principio, se apoyaba en el equilibrio y coexistencia de la actividad económica en “los tres sectores”, el privado, el público y el cooperativo.

“Esta política se benefició del total apoyo del partido y del Estado y puso al país en tensión durante cinco años. Realizó, ante todo, grandes trabajos de infraestructura, que incumbían evidentemente al Estado, [pero] no permitió desarrollar la producción ni estimular el comercio

²⁰ 1926-2020. Fue el impulsor del cooperativismo socialista en la década de los sesenta desde los ministerios del Plan y de Finanzas, convertido en el hombre fuerte del régimen hasta su caída y encarcelamiento en 1970. En el exilio fundó el Movimiento de Unidad Popular. En 1974 Marc Nerfin publicó *Entretiens avec Ahmed Ben Salah sur la dynamique socialiste en Tunisie dans les années soixante*, Maspéro, París. En 2008 publicó el propio Ben Salah el libro de memorias *Pour rétablir la vérité. Réformes et développement 1961-1969*, Ceres Editions, Túnez.

²¹ Caid Essebsi, *Ob. cit.*, p. 174. En apoyo de esa convicción dedica 25 páginas de su libro a reproducir íntegra la carta de Tlili en los anexos al final de las memorias.

²² *Ibid.*, p. 171-174.

o los servicios. El turismo conoció un desarrollo importante por el hecho de que fue prácticamente el único sector abierto a la producción privada”²³.

Pero, pese a esos logros, su fracaso, a su juicio, vino por una triple desviación: la falta de democracia en el partido, el desequilibrio entre los tres sectores y la orientación equivocada del sistema cooperativo, cada vez más impuesto que voluntario. Por todo ello “el fin de la experiencia fue doloroso pero ineluctable y saludable”²⁴.

El fin de la experiencia se cobró una víctima: el propio Ben Salah. Essebsi, que compartió gobierno con él como secretario de Estado de Interior entre 1965 y 1969, justifica la liquidación de esta experiencia como una decisión de Bourguiba impulsada por dos factores, de un lado la impopularidad en que acabó incurriendo la cooperativización a causa de ciertos abusos y de otro “la intolerable escalada de poder de Ahmed Ben Salah y sus apoyos en la escena tunecina”²⁵. Sin olvidar un tercer factor, las intrigas de clanes en las que la esposa de Bourguiba, Wassila Ben Ammar, iba a ser pieza clave.

El cambio de política operado por Bourguiba a partir de septiembre de 1969 implicó un reajuste político en el que iba a aparecer por primera vez la figura de un primer ministro con ese nombre, puesto ocupado hasta entonces por el que era el número dos del régimen, Bahi Ladgham. En su gabinete Essebsi ocupará la cartera de Defensa hasta junio de 1970, período durante el que el Jefe del Estado permanecerá fuera del país, en Francia, sumido en una fuerte depresión y sometido a la influencia de ciertos clanes, especialmente del embajador en París, Mohamed Masmoudi.

Al retorno de Bourguiba a Túnez, el presidente parecerá dispuesto a producir un cambio en el país y en el partido, reconociendo los efectos negativos de una concentración de poderes como la que él mismo había ejercido. En esta nueva etapa Essebsi ocupará el puesto de Masmoudi en París y éste se ocupará de la acción exterior.

Liberales y ortodoxos: el congreso de Monastir en 1971

El congreso del PSD celebrado en Monastir en octubre de 1971 debería haber sido el que abriera la vía del cambio, de la reforma democrática, encabezada por la figura de Ahmed Mestiri. El propio Essebsi se mostraba partidario de dicha reforma, pero ésta no tendrá lugar. Del equipo que bajo la dirección de Hedi Nouira tomará las riendas del partido y del gobierno quedarán excluidos los “liberales”, entre los que el propio autor reconoce encontrarse. Essebsi, no sintiéndose representado por la nueva línea, dejará la embajada en París haciendo público un documento, publicado en *Le Monde* el 12 de enero de 1972²⁶, en el que, adulando la obra de Bourguiba hasta la fecha, apostaba por una reforma necesaria pero que no podría llevarse a cabo sin ser sostenida por el propio presidente, que controlaba todas las riendas del poder. Esa decisión le hubiera permitido a Bourguiba presentarse ante la historia “como el hombre que no sólo ha sabido edificar su país, sino

²³ *Ibid.*, p. 144.

²⁴ *Ibid.*, p. 174.

²⁵ *Ibid.*, p. 162.

²⁶ En anexo al final del libro.

igualmente y sobre todo comprender las evoluciones ineluctables y tomar la delantera para asegurar a su obra la perennidad por el progreso y en la armonía”²⁷. Pero el presidente no supo escoger ese camino.

Caid Essebsi regresará a su condición de diputado y de abogado en ejercicio tras su salida de la embajada de París, manteniendo una actitud crítica, aunque moderada. Formará parte del grupo de militantes que dirigirá una carta abierta a Bourguiba el 13 de octubre de 1972 lamentando que su promesa de democratización no hubiera tenido continuación. Tildado de opositor, será excluido del Comité Central y privado de su escaño en septiembre de 1974 junto con un grupo de *liberales* como Hassib Ben Ammar, Habib Boularès, Mohamed Salah Belhadj, Sadok Ben Jemaa, Mohamed Ben Amara y Mohamed Moadia, siguiendo el camino que ya se había puesto en práctica con Ahmed Mestiri dos años antes.

De este núcleo de liberales, al que se sumarán otros, surgirán en la década de los setenta iniciativas como la Liga Tunecina de Defensa de los Derechos Humanos en 1976, publicaciones críticas como *Ar-Ra'ý* y *Democratie* en 1977 o el lanzamiento del primer movimiento opositor en 1978, el Movimiento de los Demócratas Socialistas (MDS), surgidas todas ellas de antiguos desturianos decepcionados por las derivas antidemocráticas del partido. Algunas de ellas serían autorizadas por el régimen en un ensayo limitado de apertura en los años de gobierno de Hédi Nouira y otras, como la creación del MDS, tardarán aún en legalizarse casi una década como se verá más adelante. Pero Caid Essebsi, según confiesa, no se resignará a abandonar el PSD, “porque el [Neo Destur] no ha dejado de pertenecerme y porque es necesario retomarlo desde el interior”²⁸. Readmitido al partido por Bourguiba en 1974, Essebsi se mantendrá al margen de puestos de poder pese a los intentos de cooptación ensayados por Hédi Nouira en el décimo congreso del partido en septiembre de 1979²⁹. Ese ensayo de apertura no tendrá lugar hasta que el país padeciera la cruenta experiencia de la huelga general del “jueves negro” del 28 de enero de 1978, que acabó con una dura represión en la que intervino el Ejército y con un saldo de decenas de muertos y centenares de heridos. Beji Caid Essebsi formó parte, junto con Ahmed Mestiri y Hassib Ben Ammar, de una comisión que, cuatro días antes de la jornada, intentó una mediación entre el gobierno y la central UGTT para restringir el alcance de la huelga, privándola de ese carácter “general” que la convertía –y la convirtió– en un “casus belli”. Para Habib Achour, líder sindical del momento, el gobierno, según cuenta Essebsi, había cortado los puentes y la iniciativa mediadora llegaba demasiado tarde.

Según el relato de Caid Essebsi, la responsabilidad del fracaso del intento de democratización propuesto por el congreso del partido de 1971 recaía compartidamente en Nouira y en Bourguiba. Pero el envejecido presidente, incapaz de aceptar su enorme parte de responsabilidad en la frustración del proceso de apertura, se atrevió a acusar a Nouira de “haberle quitado el poder durante diez años”, cargando sobre éste la responsabilidad de los errores de envergadura cometidos o los sucesos graves que ocurrieron bajo su mandato, como el fallido acuerdo de Djerba de unidad con Libia, la huelga general de 1978 o el ataque a la ciudad de Gafsa un año más tarde, que demostró hasta qué punto un Túnez debilitado se había convertido en blanco de las intrigas de sus dos vecinos, Argelia y Libia.

²⁷ Caid Essebsi, *Ob. cit.*, p. 487.

²⁸ *Ibid.*, p. 197.

²⁹ Artífice de este congreso fue Hédi Baccouche, encargado de misión en el gabinete del Primer Ministro para la organización de este evento con aires liberalizadores. Ver H. Baccouche, *En toute franchise*, p. 322-325.

Caid Essebsi y la “era Mzali”: colaboracionismo

En ese punto Bourguiba vuelve a dar un nuevo giro a su política sustituyendo a Nouira, afectado por un ataque cerebral y una hemiplejía, por Mohamed Mzali. Se inicia, pues, en abril de 1980, lo que Essebsi denomina una “segunda tentativa de democratización”. Será invitado a integrarse en el nuevo equipo, rechazando inicialmente la propuesta de ocupar el ministerio de Justicia, pero aceptando finalmente, un año más tarde, ser titular de Exteriores, convencido de que “un margen de acción era posible y que podía contribuir” a la experiencia, reconociendo la sinceridad de Mzali en su compromiso a favor de un proceso democrático.

Sin embargo, las elecciones legislativas anticipadas de noviembre de 1981, las primeras plurales tras aceptarse candidaturas de formaciones de oposición, mostraron los restringidos límites de la experiencia. Para Essebsi, se trató de una operación de manipulación, de un “simulacro” de apertura, ya que el propio presidente dio la orden al ministro del Interior, Driss Guiga, de que ninguno de los grupos opositores pudiera obtener candidatos:

“La política de apertura cuyas premisas habían sido establecidas y que la base del partido había convertido en su credo, había fracasado a causa del equipo mismo que no estaba, más que los precedentes, a la altura de los compromisos adoptados ante el partido y ante el pueblo”³⁰.

Essebsi achaca la responsabilidad de este “escándalo electoral al presidente, aunque no exime al gobierno, que “gestionó mal esta prueba decisiva y, después, no supo asumirla”. Individualmente, sin embargo, parece eludir su propia responsabilidad, al permanecer como miembro de ese gobierno, a pesar del deterioro que irá *in crescendo* con la revuelta del pan de 1984, que resultó un “verdadero traumatismo” con sus 84 muertos por la represión. Habla de “amateurismo”, de “miopía del poder político”, que no supo entender los cambios de la sociedad tunecina, con el creciente peso del sector informal en la sociedad, la envergadura del paro y la marginalidad, la pérdida de representatividad de instituciones centrales como el PSD y la UGTT. Pero la responsabilidad última la hace recaer en un sistema político rígido, con una presidencia vitalicia inamovible, expuesta a las intrigas y manipulaciones de su entorno. Presidencia a la que, paradójicamente, pese a las críticas que le dirige, presta Essebsi su colaboración, convirtiéndose en parte de su *areópago* más cercano, en uno de sus hombres de confianza, en medio de una lucha feroz por el delfinato, animada por la propia esposa del presidente, que acabará con la defenestración de Mzali y su sustitución por Rachid Sfar como primer ministro. Operación de la que Essebsi asegura sentirse al margen, desempeñando un mero papel pasivo:

“Fui justo el testigo de una efusión de Bourguiba y de la obsesión que le atormentaba, tras haber designado a Mzali como delfín, de deber reafirmar la permanencia de su poder. Habib Bourguiba no superaba el dilema de deber designar un sucesor y de considerarse presidente de por vida”³¹.

³⁰ Caid Essebsi, Ob. cit., p. 216.

³¹ *Ibid.*, p. 230.

Su gestión al frente de la política exterior tunecina durante los cinco años que van entre abril de 1981 y septiembre de 1986, convierten a Essebsi para Burguiba, según la revista *Jeune Afrique*, en “el hombre de las misiones difíciles y delicadas”. Su gestión al frente de Exteriores estuvo marcada por la cuestión palestina, un tema en el que el burguibismo se destacó por su posición moderada que, el nasserismo primero y el Frente del rechazo más tarde, consideraron como una traición a la causa árabe.

Pocos meses después de su llegada al ministerio, la cumbre árabe de Fez en noviembre de 1981 dio protagonismo a Túnez, convertido en valedor del Plan Fahd, que proponía el derecho de todos los Estados de la región a vivir en paz. En su intervención, Caid Essebsi expresó el sostén de Túnez al plan, en el que dijo ver cierta inspiración en el viejo plan de Burguiba, refiriéndose al discurso pronunciado en 1965 por él en Jericó y por el que fue tratado de traidor por la mayoría de los dirigentes árabes. La paradoja era que la dramática evolución de la cuestión palestina en los años transcurridos desde entonces hasta la reunión de Fez en 1981, había convertido aquella propuesta en “auténticamente revolucionaria”, incluso a ojos del ministro de Exteriores sirio, para el que el plan saudí era marcadamente derrotista.

La cumbre, que interrumpió sus trabajos hasta una segunda sesión celebrada en septiembre de 1982, acabó con una propuesta consensuada que fue llevada por una comisión ante dignatarios y organismos internacionales, si bien con poca eficacia de recorrido. Para Burguiba, cuenta Essebsi, fue una satisfacción ver aceptada su visión por todos los países árabes aunque hubieran tardado 17 años en hacerlo.

La invasión israelí de Líbano en junio de 1982 obligará a la salida del país de la sede de la OLP. Túnez ofrecerá, en Hammam Chatt, en las afueras de la capital, una sede de acogida, como en el pasado hiciera con el FLN de Argelia. Tres años más tarde, en octubre de 1985, la aviación israelí bombardeó sus instalaciones creando un clima de tensión internacional y suscitando una oleada de solidaridad con Túnez. Essebsi, que se encontraba en Nueva York en los trabajos de la Asamblea General de Naciones Unidas en su calidad de ministro de Exteriores, solicitó una reunión inmediata del Consejo de Seguridad, que se anunciaba negativa por la declaración del presidente Reagan que consideró el bombardeo como un acto de legítima defensa de Israel.

La reacción de Burguiba fue dura e inmediata, amenazando con cortar relaciones diplomáticas si Estados Unidos mantenía su posición. Para Essebsi, llegar a ese extremo, incluso si los Estados Unidos vetasen la condena de la agresión, suponía “arruinar cuarenta años de diplomacia burguibista coherente y eficaz”. Su habilidad y pragmatismo consiguieron rebajar el contenido de la resolución que finalmente se votó en el Consejo de Seguridad: la condena a Israel se transformó en “condena del acto de agresión perpetrado por Israel” y se suprimió la mención al “terrorismo de Estado”. Cuando se llegó al voto, la delegación americana, presidida por el general Vernon Walters, se abstuvo, logrando la resolución de condena 14 votos favorables y ninguno en contra. Para Túnez fue toda una victoria diplomática, sin precedentes. Para Caid Essebsi, todo un éxito, premiado con un telegrama de felicitación del propio Burguiba que celebró a su retorno una cena de homenaje en su honor.

El clima de fin de régimen provocado por la progresiva senilidad de Burguiba, que lo había “convertido en irritable y muy influenciado”³², se describe en el capítulo “Los aprendices de brujo”, que pone fin en el libro a los capítulos escritos con una lógica cronológica. Beji Caid Essebsi aparece

³² *Ibid.*, p. 269.

en todos ellos como un acompañante del presidente, como un buen ejecutor de su política, como alguien cuya cercanía y confianza le permitía dialogar, discutir con él e incluso hablarle crudamente. A lo largo del libro aparecen reproducidos no pocos diálogos entre Burguiba y Essebsi en momentos clave de la vida del país. Pero la mirada de este último hacia su mentor en este tiempo final lo describe como un “león envejecido”, torpe y balbuciente, lejos del “orador brillante, de mirada ardiente, estilo vivo y directo” de antaño. Lo llega a calificar de “rehén” de su entorno palaciego, ya no dueño de sus decisiones.

La referencia a los “aprendices de brujo” alude a los errores políticos de Mohamed Mzali al intentar colocar en puestos de responsabilidad a personas que creía servirían sus intereses y que, apoyándose en quien movía los hilos por entonces del presidente, su sobrina Saida Sassi, que sustituye a una Wassila marginada desde la crisis de 1984, acabaron precipitando su caída en julio de 1986³³. Tres meses después, Essebsi dimitiría de su puesto de ministro de Exteriores, tras observar maniobras e intrigas a sus espaldas. Una de sus últimas actuaciones al frente del ministerio fue condenar ante el Parlamento tunecino el bombardeo americano de Trípoli y Bengasi en abril de 1986 pero, siguiendo indicaciones de Burguiba, desmarcándose del “juego peligroso” del coronel Gadafi, que unos meses antes había expulsado arbitrariamente de su país a 30.000 tunecinos.

La deposición de Burguiba en noviembre de 1987 le parecerá “ineluctable”, ya que “no estaba en medida de asumir el gobierno del país”. Pero a partir del momento en el que se eclipsa Burguiba de la escena directa, las memorias de Caid Essebsi cambian de tono. La crónica cronológica desaparece para centrarse en capítulos temáticos ligados a la política internacional. Las más de dos décadas de gobierno de Ben Ali aparecen así difuminadas de la narración que, como evoca el título del libro, estaba centrada en Burguiba.

Caid Essebsi ante el “cambio” del 7 de noviembre

Inicialmente, el cambio del 7 de noviembre de 1987 le parecerá “una solución lógica, un acto de esperanza”. En línea, dirá, con el programa de apertura que defendían los liberales del partido.

Se iniciaba así, según él, una nueva etapa que algunos calificaron de “primavera tunecina”. En ella Essebsi aceptó integrarse en el Consejo Constitucional, organismo creado el 16 de diciembre de 1987 bajo la presidencia de Abdelaziz Ben Dhia y en el que participarían, entre otros, Rachid Driss³⁴ y Yadh Ben Achour³⁵, permaneciendo en él algo más de un año. En las elecciones de abril de 1989 encabezaría la lista del partido oficial, denominado ahora Reagrupamiento Constitucional Democrático (RCD, conservando siempre la impronta “desturiana” en su denominación) participando en la Cámara de Diputados como presidente de la Comisión Política y de Asuntos Exteriores y, más tarde, como presidente de la Cámara entre octubre de 1990 y octubre de 1991. Probablemente unas declaraciones en la revista *Realités* (número del 27/9/1991-3/10/1991) en las

³³ Como se verá más adelante, esta versión será rechazada por el propio Mzali en sus memorias.

³⁴ 1917-2009. Embajador en los Estados Unidos entre 1964 y 1969, fue nombrado por Ben Ali al frente del Alto Comité de Derechos Humanos y Libertades en 1991.

³⁵ Jurista y profesor de derecho nacido en 1945. Autor de una veintena de obras sobre el islam y el Estado de derecho. Dimitió del Consejo Constitucional en 1992 integrando la oposición al régimen de Ben Ali. Tras la revolución de 2011 estuvo al frente de la Alta Instancia para la realización de los objetivos de la revolución, de la reforma política y de la transición democrática.

que expresaba la necesidad de una Cámara en la que estuviesen representadas todas las sensibilidades políticas del país, lo que no era el caso, como mostraba el boicot decidido por la oposición a las elecciones parciales que se celebraban por entonces, fue la causa de la no renovación de su puesto al frente del Parlamento. Quedará como simple diputado hasta el final del mandato retornando a su oficio de abogado.

Alguna tarea pública le tocó desempeñar durante su mandato de diputado. La invasión de Kuwait por Irak en agosto de 1990 llevó a Túnez a singularizarse en su actitud de condena al reclamar al mismo tiempo la búsqueda de una solución árabe a la crisis que evitara la intervención occidental. La calle tunecina estuvo abiertamente en contra de esta intervención, expresándolo en una masiva manifestación que obligó al presidente Ben Ali a reclamar la opinión de Essebsi como presidente de la comisión de Exteriores de la Cámara de Diputados y a pedir un debate parlamentario. En su intervención, Caid Essebsi expuso su opinión de la necesaria condena de una invasión injustificable, pero, al mismo tiempo, el compromiso tunecino con una política de conciliación. Los debates en la Cámara concluyeron sin la condena formal de la invasión. La actitud titubeante del presidente Ben Ali acabó por decidir el envío a Bagdad de una comisión con un mensaje recomendando a Saddam Hussein su retirada de Kuwait. Caid Essebsi se sumó a la comisión, presidida por el primer ministro Hamed Karoui³⁶, donde pudo comprobar la imposibilidad de cambiar los planes del presidente iraquí. La versión de la intervención de este ante la comisión tunecina se reproduce “escrupulosamente” íntegra en las memorias de Essebsi, en la que el presidente iraquí justificaba su postura por el complot urdido contra Irak.

Tres capítulos, como se ha dicho más arriba, fuera ya del relato cronológico, se centran en la relación de Túnez con sus vecinos y en la construcción del Gran Magreb. En ellos se esboza la historia de las relaciones de Túnez con la idea de la unidad magrebí desde la conferencia de Tánger en 1958, los roces con Marruecos a propósito de la abolición de la monarquía o de la cuestión de Mauritania, la hostilidad inicial de Gadafi, así como la interferencia del tema saharauí. Se detallan las gestiones llevadas a cabo con Chadli Ben Jedid y con Hassan II para lograr un encuentro de alto nivel para examinar la situación en el Magreb, animado por el propio presidente Bourguiba. Todo parecía en marcha para celebrar la cumbre en Túnez el 20 de marzo de 1983, incluso con el aval de Libia y Mauritania, pero la cuestión saharauí se interfirió en el proyecto, tratando Argelia de imponer la presencia del Polisario, lo que provocó la anulación de la conferencia. Cinco años más tarde, primero en Argel en 1988 y unos meses después en Marrakech, la cumbre de los cinco jefes de Estado pudo tener lugar, proclamándose la Unión del Magreb Árabe. El tratado de Marrakech que la fundó no fue, a juicio de Essebsi, más que un “malentendido histórico”, una “entente cordiale” que apenas duró. Consciente del enorme precio a pagar por el No Magreb, Essebsi formulará en su libro una propuesta “gradualista” para salir del impasse magrebí, en línea con la visión bourguibista partidaria de avanzar a “pequeños pasos”.

En los capítulos dedicados a Argelia y Libia se hace un repaso de las relaciones con Túnez, desde tiempos del GPRa en la guerra de independencia, la actitud flexible de Ben Bella para un arreglo fronterizo con Túnez, que Essebsi ve como uno de los factores que le costarían la presidencia, las tensiones con el régimen de Bumedian que llevaron hasta la intervención argelina en el complot de Gafsa en 1980 y la posterior distensión con Ben Jedid que concluyó en un tratado de Fraternidad y Concordia de 1983.

³⁶ 1927-2020. Hamed Karoui ejerció de primer ministro entre 1989 y 1999 bajo el régimen de Ben Ali. En 2020 apareció el libro de Karoui *Une vie en politique*, Cérès Editions, traducido y presentado por su sobrino Abdeljelil Karoui. Después de la revolución, en 2013 fundó el Movimiento Desturiano Libre.

Con Libia las relaciones fueron siempre tensas, desde el golpe de Estado que elevó a Gadafi a la cabeza del país. Túnez se abstuvo de reconocer al régimen esgrimiendo el principio de reconocer a los Estados y no a los regímenes y las relaciones entre ambos gobiernos fueron siempre frías, dada la “irreconciliabilidad” de los proyectos de Bourguiba y Gadafi. La unión fallida de enero de 1974 firmada en Djerba, que tan sólo duró 24 horas, reveló las dificultades para una relación estable. El ataque a Gafsa en 1980, del que se acusó abiertamente a Libia y a Argelia, tensó aún más unas relaciones que llegarían a su punto más crítico con la mencionada expulsión de miles de tunecinos del territorio libio en 1985.

Ahmed Mestiri, las dificultades de ser opositor en Túnez³⁷

Las memorias de Ahmed Mestiri³⁸, presentan un perfil algo distinto, caracterizado por una visión más crítica de la realidad y de la historia tunecina. Por algo su autor dio el paso para romper con el régimen e instalarse en una incómoda oposición. Iniciadas en 1996, sus memorias pretenden dar cuenta de la trayectoria política y humana de un protagonista de la historia tunecina del siglo XX, pensando siempre en fijar recuerdos y en ordenar materiales de archivo con el objetivo de aportar una reflexión personal de utilidad para historiadores de quien fue primero colaborador de Bourguiba, varias veces ministro y embajador y, más tarde, uno de los elementos más críticos con el sistema implantado en Túnez tras la independencia del país. El libro salió a la luz unos meses después de la revolución de 2011, aprovechando el nuevo clima vivido en el país, aunque, según cuenta el autor, sin haber realizado un trabajo de reactualización de muchas partes escritas años antes en un contexto de falta de libertades.

Según describe Mestiri, la obra se compone de una introducción, en la que reúne recuerdos de su vida familiar, infancia y juventud, y tres partes dedicadas a sus actividades de militante durante la lucha de liberación nacional, a su participación en el poder tras la independencia y a su papel en la oposición tanto a Bourguiba como a Ben Ali. Cada parte está a su vez dividida en capítulos ordenados cronológicamente, siendo la más extensa y detallada la que describe sus periodos de ministro y embajador.

Mestiri: Juventud y militancia desturiana

Nacido en La Marsa en 1925, un año antes que Béji Caid Essebsi, por tanto de su misma hornada, despertará a la conciencia política y a la militancia en los años de la segunda guerra mundial. Como

³⁷ Ahmed Mestiri, *Temoignage pour l'Histoire. Des souvenirs, quelques reflexions et commentaires sur une époque contemporaine de la Tunisie, accessoirement du Maghreb (1940-1990) et sur la Révolution de 2010-2011*, Sud Editions, Túnez 2011, 409 páginas.

³⁸ Fallecido el 23 de mayo de 2021 a los 95 años. Publiqué su obituario en *El País*: <https://elpais.com/internacional/2021-05-27/ahmed-mestiri-un-politico-tunecino-contra-el-partido-unico.html>. [consulta: 10 de diciembre de 2021].

otros autores de memorias compañeros de generación³⁹, el corto periodo de ocupación alemana, la “folle période” como lo califica, le deja buenos recuerdos, pues los soldados alemanes

“fueron acogidos con curiosidad por mis compatriotas y –para decirlo de otro modo, dado el contexto de la época- con un impulso espontáneo de simpatía cara a aquellos jóvenes correctos y corteses que no tenían ningún aspecto de conquistadores agresivos y arrogantes, no de ocupantes. ¡Los verdaderos ocupantes, con los policías y los gendarmes, eran aún los franceses!”⁴⁰.

Será en esa época en la que comenzará su compromiso político a través de contactos y reuniones con miembros del Neo Destur, que empezaría a rehacerse clandestinamente tras el duro golpe recibido en 1938, al que se aludió más arriba. Tras obtener en 1944 su diploma de bachiller, se inscribirá en el Instituto de Altos Estudios de Túnez para cursar primer año de derecho, sin demasiado éxito, debiendo continuar los estudios en Argel al año siguiente donde pudo comprobar el diferente trato que la colonización francesa daba a argelinos y tunecinos.

En 1946 marchó a París para continuar sus estudios en un ambiente que “ofrecía ocasiones de encuentros o de concertaciones más allá del espacio estrecho del Magreb y del Mediterráneo, con hombres venidos de los cuatro rincones del planeta para defender la causa de sus pueblos en lucha por la libertad”⁴¹. Cita especialmente el “Congreso de los pueblos” organizado en los alrededores de París en 1948 al que asistieron movimientos de liberación de Asia y África y movimientos de izquierda europeos.

Al terminar sus estudios en Francia retorna a Túnez, donde se aprovechará de una apertura del Protectorado permitiendo el reclutamiento de cuadros superiores tunecinos –siempre fuera de los “sectores de soberanía”-, enrolándose por un año en la función pública, lo que le permitirá conocer desde dentro la administración colonial y adquirir una experiencia de gestión administrativa. Alternaba esta tarea con la de abogado en prácticas en Susa y con su actividad sindical en la Federación de Funcionarios Tunecinos. Finalmente optó por la práctica de la abogacía dimitiendo de la función pública, entrando en un gabinete donde permaneció hasta 1952 en que el clima político enrarecido, con los principales líderes detenidos (como Burguiba) o exiliados (como Salah Ben Yusef), obligó a reajustes en la dirección del Neo Destur, entrando Mestiri a formar parte de la dirección clandestina junto con figuras como Mongi Slim, Hédi Nouira y Ferhat Hached, entre otros. En esta parte de las memorias se describen algunos aspectos de la actividad del partido, los márgenes permitidos, la cobertura que daba el sindicato legal, la UGTT, recordando anécdotas de personajes como Hached o narrando las vicisitudes del período de negociación de reformas en tiempos del gobierno Chenik. Pero el fracaso de éstas lleva a la que considera “fase decisiva de la lucha de liberación nacional”, entre 1952 y 1954. El recurso a la violencia tomaría entonces “una amplitud considerable”. Mestiri parece querer demostrar, frente al relato oficial que quedó posteriormente, que no fue Burguiba quien manejaba todos los hilos y había dado la señal para que se reemprendiera la violencia final que forzó la independencia. Reivindica el papel que la dirección clandestina transitoria, primero bajo la dirección de Mongi Slim y más tarde, tras la detención de

³⁹ Será el caso de Hédi Baccouche, algo más joven (nacido en 1930), que cuenta en su libro citado que la ocupación por los ejércitos del Eje italo-alemán en noviembre de 1942 “despertó mucha esperanza entre la población tunecina” (p. 21).

⁴⁰ Mestiri, *Ob. cit.*, p. 24.

⁴¹ *Ibid.*, p. 35.

éste, de Taieb Mehiri y de Ahmed Tlili, coordinó con la dificultad de la clandestinidad las acciones individuales que grupos de resistencia a todo lo largo del país llevaron a cabo.

Mestiri deja claro que, aunque el Neo Destur fuese un partido “que respetaba la ley”, inspirado en su acción en el modelo del Wafd egipcio o en su organización en la del Partido Comunista francés, “no excluyó en su estrategia, el recurso a la agitación en la calle, las manifestaciones esporádicas no organizadas, las acciones individuales, con el uso de armas y explosivos cada vez que fue necesario, especialmente en la última fase de la liberación”⁴².

Pero no hubo un aparato paralelo al partido, una rama especial de éste dedicada a “la acción sobre el terreno”. Cuando la represión fue muy violenta y extendida, se optó por acciones individuales. Esta responsabilidad de la “violencia política” sólo recayó sucesivamente en uno de los miembros del Buró Político, Taieb Mehiri, Ahmed Tlili, Mokhtar Attia⁴³, Tahar Amira⁴⁴ y el propio Ahmed Mestiri, que decidirían las acciones a llevar a cabo.

Cuando en agosto de 1954 se constituye el gobierno de Tahar Ben Ammar⁴⁵, tras el discurso de Mendès-France que anunciaba la autonomía interna, Mestiri se convierte en jefe de gabinete de Mongi Slim, uno de los tres ministros de Estado en el gobierno, asumiendo tareas de organización y convirtiéndose en testigo de las negociaciones que se llevaban a cabo con el gobierno francés. Mestiri reconoce la doble presión recibida por Mongi Slim, jefe de la delegación negociadora de la autonomía interna, no tanto por el lado francés o del mismo gobierno tunecino, sino de los dos líderes principales del partido, Burguiba y Salah Ben Yusef. El uno urgía para lograr resultados antes de que pudiera caer el frágil gobierno Mendès-France y el otro para evitar concesiones excesivas que vaciaran de contenido la autonomía. Slim, según Mestiri, ya intuyó por entonces los riesgos del “liderazgo único”, cobrándose por ello los recelos de Burguiba.

Mestiri y la “crisis yussefista”

Se incubaba ya por entonces la rivalidad entre los dos líderes que acabaría estallando en la grave crisis interna de 1955 motivada por la lucha por el poder que degeneró en un clima de casi guerra civil. Ben Yusef, insatisfecho con las negociaciones de la autonomía interna, llamaba a reemprender la lucha junto con los hermanos argelinos que acababan de lanzar su revolución unos meses antes. Sus llamamientos “encontraron un eco profundo en la población, entre un gran número de militantes y de amplias franjas de la sociedad que el nuevo régimen no había seducido por múltiples

⁴² *Ibid.*, p. 61.

⁴³ 1915-1955.

⁴⁴ 1920-2004. Participó activamente en la resistencia armada. Condenado a muerte en rebeldía en 1952, huyó a Trípoli, El Cairo y Yakarta, donde representó al Neo Destur en la Conferencia de Bandung en 1955. Vinculado a la oposición yusefista fue encarcelado y graciado en 1962. Presidió entre 1970 y 1975 la Compañía de Fosfatos de Gafsa. Su hija Fatma publicó en 2011 la biografía *Mon père Tahar Amira, propos d'un non-conformiste*.

⁴⁵ 1889-1985. Perteneciente a la vieja guardia del Destur, formó parte de la primera delegación que presentó en 1920 al gobierno francés sus reivindicaciones. Fue figura clave en el Gran Consejo, cámara consultiva creada por Francia, defendiendo posiciones nacionalistas. Dirigió el gobierno que lleva a Túnez a la autonomía interna y a la independencia.

razones”⁴⁶. Ante la popularidad de su rival, Bourguiba optó por la ruptura y la exclusión de su oponente.

Pudiera decirse que Mestiri no toma un partido definido por ninguno de los dos. Aunque se lamenta de los “tristes episodios” como la exclusión del partido de Ben Youssef, las escisiones a gran escala, las liquidaciones físicas convertidas en algunas regiones en ajustes de cuentas tribales, con víctimas inocentes en los dos campos. Todo ello en un momento crítico de la vida del país, con los combatientes argelinos en las fronteras, el ejército francés presionando en el sur del país, a punto de estallar una conflagración generalizada en todo el Magreb que tal vez fuese el objetivo buscado por Ben Youssef, dispuesto a seguir las consignas del Comité de Liberación del Magreb Árabe de El Cairo liderado por Abdelkrim el Jattabi y de la Conferencia de Bandung. Mestiri habla de la “inquietud creciente” en algunos dirigentes al conocer los excesos y abusos contra los partidarios de Ben Youssef que hacían difícil mantenerse neutrales. En su caso, en sus etapas al frente del gabinete del ministro del Interior, Mongi Slim, o en la que ejerció de ministro de Justicia, se mantuvo, según explica, lejos de esos excesos, procurando quedar siempre en el marco de la ley. La opción final de Mestiri, aunque difícil de adoptar, fue por Bourguiba, justificando así sus razones:

“La opción de Ben Youssef era ‘la aventura’ y el ‘salto a lo desconocido’; mientras que la opción de Bourguiba nos aparecía de entrada como la vía más segura para salvaguardar el potencial humano del país, potencial precioso para el porvenir y sin el cual no habríamos podido asegurar el encuadramiento de la población, para permitirnos contener al país, prepararlo para resistir las tempestades y esperar, en buenas condiciones, la etapa última de la independencia”⁴⁷.

A posteriori de la experiencia ocurrida en Argelia, Mestiri reconocerá que en Túnez se evitó así que los “militares” se hubiesen impuesto a los “políticos” y a los “civiles”, permitiendo una continuidad administrativa de la colonia a la independencia que pudo llevarse a cabo gracias a los “cuadros tunecinos competentes y experimentados” del Protectorado.

El Congreso del Neo Destur de Sfax en noviembre de 1955, convocado para resolver la crisis del yussefismo, consagra la opción bourguibista aunque no salda la contienda que se prolonga aún unos meses. Mestiri toma parte en el Congreso, sin lograr votos suficientes para su candidatura al Buró Político, en el que no entrará hasta su cooptación por Bourguiba en abril de 1956. Para entonces la historia se había acelerado. En la reunión de Sfax, aunque se rechazaron las propuestas de Ben Youssef, se dio un salto, aceptando la autonomía interna como un paso hacia la necesaria independencia. Por aquellos días, Mohamed V ya había retornado a su país y se emprendían negociaciones para la “independencia en la interdependencia”. Bourguiba aprovechó la circunstancia para lograr un “Protocolo de acuerdo” que dio acceso a Túnez a su independencia, incluidos los dominios decisivos de política exterior y un Ejército propio. Ese fue, según cuenta Mestiri, el estilo de Bourguiba: saber aprovechar la circunstancia, la oportunidad. Y siempre con un seguro a todo riesgo: su opción pro-occidental.

“Impulsivo, guiado a menudo por su intuición, [Bourguiba] era capaz de asumir riesgos, riesgos calculados. Sabía escoger el momento y la forma de su intervención en el curso de los acontecimientos para explotarlos al máximo. No tenía ciertamente una estrategia elaborada

⁴⁶ Mestiri, *Ob. cit.*, p. 92.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 95.

pero sí una constante, tanto cuando fue líder del movimiento de liberación como cuando se convirtió en Jefe del Estado, la de su compromiso con la amistad con Occidente, especialmente con Estados Unidos”⁴⁸.

Mestiri en la Administración

Mestiri se incorpora al primer gobierno de la independencia, ocupando la cartera de Justicia. En los dos años largos que estará al frente del ministerio –de abril de 1956 a diciembre de 1958- se procederá a lo que llama la “tunificación” de la justicia, con la uniformización del aparato judicial, hasta entonces dividido en cinco jurisdicciones diferentes, con la supresión de los tribunales religiosos y la promulgación del Código del Estatuto Personal, con el objetivo de “responder mejor a las exigencias de la modernidad, sin infringir expresamente el texto coránico”⁴⁹. Para ello se recurrió a magistrados y a profesores de la Universidad religiosa Zituna a fin de preparar un anteproyecto que fue finalmente aprobado gracias a la capacidad de persuasión del propio Burguiba.

Mestiri no oculta la “cierta reticencia” con que las masas populares acogieron el Estatuto Personal, tanto por “fidelidad a las tradiciones legadas por los ancestros y por el efecto de la campaña hostil desencadenada por opositores políticos y algunas autoridades religiosas”. Gracias al despliegue explicativo del gobierno, las reformas fueron interiorizándose en la mentalidad tunecina hasta llegar a convertirse, cincuenta años después, según indica, en algo adquirido que hay que preservar como propio. Túnez acabó así con lo que Mestiri llama “usos aberrantes atribuidos erróneamente a la religión” y que otros países musulmanes mantienen, como en el caso anecdótico del recurso a la visión ocular de la luna para fijar el comienzo del mes de Ramadán que da el “triste espectáculo” de fechas diferentes para las grandes fiestas musulmanas.

Otra tarea que debió abordar Mestiri durante su paso por el ministerio de Justicia fue la de preparar un anteproyecto de constitución. En un principio se trataba de diseñar un régimen democrático, pluralista, sin referencias al Neo Destur ni al sistema de partido único y sin entrar en la forma de régimen. Si bien desde la primera sesión de la Asamblea Constituyente, en la que se vio una voluntad de marginar a la institución monárquica, el bey, la idea de abolir la monarquía y de constituir un régimen republicano no vino hasta más tarde, cuando Burguiba emprendió acciones directas contra la familia y la institución beylicales, algunas de ellas consideradas “inicias” por el propio Mestiri y otros altos funcionarios del Estado como Bahi Ladgham o Taieb Mehiri. Finalmente, el 25 de julio de 1957, en una sesión de la Asamblea y tras un discurso ríido de Burguiba, se terminó proclamando a mano alzada la República. El propio Mestiri formó parte de la delegación que informó a Lamin Bey de la noticia en una ceremonia que describe en las memorias como poco memorable, asegurando no haber tenido la impresión de vivir un acontecimiento histórico. Le resultó extraño aquel hundimiento sin resistencia alguna de una dinastía que había gobernado durante más de dos siglos. Una tarea más añadió a su gestión como ministro de Justicia, la de reforzar la misión diplomática tunecina en las Naciones Unidas, sumándose al embajador en Washington Mongi Slim y al representante permanente en la ONU, Mahmoud Mestiri, para aportar una voz sin ataduras

⁴⁸ *Ibid.*, p. 103-104.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 118.

diplomáticas en la crisis franco-tunecina sobrevinida por el bombardeo de Sakiet Sidi-Yussef en 1958.

A finales de diciembre de ese año asumió la responsabilidad del Ministerio de Finanzas y Comercio, tarea que ejerció hasta agosto de 1960. Su misión principal, según reconoce, fue “la liquidación del sistema colonial y de sus secuelas en el dominio económico y financiero”. Pero su gestión, en colaboración con otros ministerios, se amplió a “sentar las bases de la nueva economía nacional”, creando empresas públicas de carácter comercial, industrial o financiero, reconociendo que durante su periodo se incubó la idea de un plan de desarrollo a largo término, que luego sería atribuida a otros, mientras él sería encasillado como “conservador liberal”.

Incómodo en su puesto por observar maniobras en su contra desde muy distintas posiciones, acabó por demandar al presidente su relevo y el envío a alguna embajada de importancia. Fue así como desempeñaría durante un año, entre agosto de 1960 y septiembre de 1961, la embajada de Moscú. El objetivo de la diplomacia tunecina en la época era

“diversificar lo más posible la gama de socios extranjeros de cara a las inversiones y al comercio exterior, para no quedar prisioneros de la órbita francesa y de la zona de influencia occidental con la que Túnez estaba ideológica y políticamente comprometido”⁵⁰ (p. 149).

Mestiri: una mirada desde el exterior a la experiencia “Ben Salah”

De este modo la gestión de Mestiri en la URSS se centró en la cooperación económica, especialmente en un proyecto de desarrollo agrícola en el Oued Kesseb y en la región del Lago Ichkeul y en la construcción de una Escuela Nacional de Ingenieros. El capítulo que dedica a su etapa en Moscú, donde estuvo acreditado también en Polonia y Checoslovaquia, es rico en reflexiones sobre el modelo soviético, sus priorizaciones y carencias, deteniéndose en los problemas derivados del sistema de partido único, sin hacer comparaciones con su reflejo sobre Túnez.

Durante su estancia en Moscú tuvo lugar uno de los sucesos clave en los primeros años del Túnez independiente: la crisis de Bizerta. Quizás por la distancia desde la que lo vivió, en un viaje a Pekín, donde logró la solidaridad de China con Túnez ante la agresión francesa, su visión de la crisis, matizada por el realismo de la actitud soviética, diferirá de la de otros memorialistas tunecinos que insistirán en que fue un suceso necesario para lograr la definitiva independencia del país, como es el caso de Béji Caid Essebsi. La “verdad” de la crisis la supo años después, a su retorno definitivo a Túnez:

“Descubrí entonces, como lo habían hecho por otra parte varios observadores e historiadores contemporáneos, que la operación de lo que se ha llamado la ‘batalla de Bizerta’ había sido improvisada en una gran medida. La decisión política para llevarla a cabo había sido tomada sin preparación suficiente de los medios necesarios: deficiencias en la organización y ejecución de la confrontación popular y militar con el ejército francés, coste humano exorbitante en relación a un objetivo adquirido de antemano, y que se cifró en centenares de víctimas civiles inocentes, jóvenes en su mayor parte y sin armas, expuestos inútilmente a los disparos enemigos”⁵¹.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 149.

⁵¹ *Ibid.*, p. 158.

El próximo destino después de Moscú fue El Cairo, donde se hizo cargo de una embajada cerrada desde hacía dos años por la ruptura de relaciones. En el breve tiempo transcurrido en dicho puesto, de octubre de 1961 a agosto de 1962, no logró un acercamiento de posiciones entre los dos países, marcadas por la frialdad entre Burguiba y Nasser y por las repercusiones demasiado recientes del asesinato en Frankfurt de Salah Ben Yussef, protegido por el régimen egipcio. Sobre el país, Mestiri valora las realizaciones del régimen egipcio en infraestructuras y desarrollo de la economía, a menudo desconocidas en Túnez, pero descubre el reverso de la medalla, las enormes desigualdades sociales, los privilegios de los oficiales del ejército, la extensión de la corrupción o el excesivo control sobre la población.

Más larga fue su estancia como embajador en Argelia, de 1962 hasta 1966, los años del cambio de régimen de Ben Bella a Bumedian. A su llegada a Argel, el país acababa de salir de una guerra mortífera que había dejado secuelas profundas, incluidas en las relaciones con Túnez cuya vecindad le había hecho implicarse en los asuntos argelinos. Mestiri había permanecido hasta entonces ajeno a ellos, al ser competencia de otros. Dos impresiones marcarán su recorrido: una primera, descubrir sobre el terreno que la política tunecina hacia Argelia hasta entonces había apostado por la “carta perdedora”, dando su sostén al GPRA y al grupo de Benyoucef Benkhedda, Krim Belkacem y Lakhdar Bentobal. La realidad del verdadero poder era otra, apoyada en el “grupo de Tremecén”, el Ejército de las fronteras que apostaba por Ben Bella con el fuerte apoyo del régimen egipcio y la mirada complaciente de De Gaulle, necesitado de un poder fuerte en Argelia que diese estabilidad al país. La segunda impresión de Mestiri fue que argelinos y tunecinos no estaban en la misma “longitud de onda”, obligándole a actuaciones con sutilidad para evitar susceptibilidades “a flor de piel” en el lado argelino. Especialmente difícil le fue el tratamiento de contenciosos como el fronterizo del “Borne 233”, o la mala relación entre Burguiba y Ben Bella a raíz de un complot contra aquel en enero de 1963. Sobrevenido el golpe de Estado de Bumedian en junio de 1965, Túnez optó por el perfil bajo de considerarlo un asunto interior que no obligaba a tener que reconocer al nuevo régimen.

El capítulo sobre la embajada en Argel termina con unas consideraciones escritas sin duda bajo el impacto de los nuevos acontecimientos vividos en Argelia en el momento de redactar las memorias, a final de los años noventa, efectuando una retrospectiva sobre “las causas profundas y lejanas de la espantosa tragedia vivida en el país vecino”. Argelia repetía, según la conclusión de Mestiri, el error cometido por el poder colonial francés de rechazar cualquier reforma seria durante 130 años, no permitiendo por una evolución progresiva el acceso de las elites al poder. La Argelia gobernada por los militares desde 1962, cerró

“el camino a toda tentativa de edificar el estado de derecho y de las instituciones, lo que condujo a cerrar todas las salidas a las organizaciones y los hombres que creían en la eficacia de los medios políticos pacíficos (en una buena parte islamistas), en provecho de los que no creían ni en la política ni en la eficiencia de la acción legal y pacífica”⁵².

El nombramiento de Mestiri para el Ministerio de Defensa en junio de 1966 fue interpretado por algunos como un gesto sutil de Burguiba en respuesta al reforzamiento del dispositivo militar en las

⁵² *Ibid.*, p. 193.

fronteras argelinas percibido desde Túnez como una provocación. Sustituirá en el cargo a Bahi Ladgham, en el puesto desde 1957, haciéndose cargo de una institución, el ejército, que buscaba un papel en el Estado tunecino tras haber sufrido fuertes impactos como la crisis de Bizerta y el golpe de Estado frustrado de 1962. En su balance, Mestiri señala haber tratado de “integrarlo lo más posible en la comunidad nacional, en simbiosis con las otras instituciones del Estado y sectores de la sociedad”, manteniéndolo fuera del campo político y limitando su presupuesto en un país con necesidades de desarrollo y cuya defensa, dada su vulnerabilidad por su apertura marítima y terrestre, obligaba a vínculos fuertes con el exterior.

La guerra de los seis días provocó en Túnez una verdadera crisis. Aunque las relaciones con Egipto eran frías, la reacción de las masas tunecinas en solidaridad con las egipcias se concretó en manifestaciones monstruosas contra Israel y Estados Unidos que colapsaron el centro de la capital. Burguiba llegó a entrever que los desbordamientos ponían en cuestión su política en la cuestión palestina. Así lo expresa Béji Caid Essebsi en su libro de memorias. Se quiso recurrir al Ejército ante las insuficiencias de la policía y de la Guardia Nacional. A lo que Mestiri se opuso, respaldado por Essebsi desde el ministerio del Interior, que prohibió el uso de armas contra los manifestantes. Mestiri sugirió en una intervención en el Parlamento, a fin de distensionar los ánimos, la necesidad de expresar una solidaridad con el pueblo egipcio, que se materializó en una declaración oficial del gobierno y en el envío simbólico de un destacamento militar con una delegación sanitaria que finalmente no llegó a salir del país por haberse llegado al alto el fuego.

Su breve paso por Defensa coincide con los momentos en que el programa de reforma de estructuras emprendido bajo la dirección de Ahmed Ben Salah alcanzaba lo que Mestiri denomina un “frenesí excesivo” que ponía en cuestión, según su expresión, las directrices fijadas por el congreso de Bizerta de octubre de 1964 que fijó las bases del socialismo cooperativo para Túnez. La aplicación forzada del programa de cooperativización (de “colectivización desenfrenada en todos los dominios”, según Mestiri) empezaba a producir descontentos entre las clases medias, los pequeños agricultores y comerciantes. Haciéndose portavoz de esas disfunciones y ante la ceguera, a su juicio, del propio Ben Salah y del mismo Burguiba que sostenía abiertamente su política, decidió pedir al presidente su relevo del ministerio. Paralelamente presentó su dimisión como miembro del Buró Político del PSD, haciéndolo público en declaraciones a la UPI y a *Le Monde*⁵³.

Su dimisión actuará de voz de alarma sobre la deriva de la política seguida en el país, y será aprovechada por quienes acabarán convirtiendo a Ben Salah en chivo expiatorio de la crisis. Si en un primer momento Ben Salah es descargado de sus responsabilidades al frente de la planificación económica, aunque mantenido al frente de la Educación Nacional, la negativa en el seno del régimen a hacer autocrítica sobre los errores de la política llevada a cabo por el gobierno y avalada por el jefe del Estado, conducirán a la acusación a Ben Salah por “alta traición” y a su condena. Mestiri no querrá aceptar la defensa del acusado con la excusa de que se trataba de un proceso ante una jurisdicción de excepción contra la que poco podían los abogados y que era mejor quedar en una posición política para intervenir en el caso de una eventual condena a muerte. Esta, finalmente no se produjo, a cambio de pesados años de trabajos forzados.

Para Mestiri, la crisis exigía ir más al fondo en las reformas. “No bastaba cambiar de orientación de la política económica y apartar a un responsable para resolver una crisis tan profunda”, dirá. Hacía falta reformar el propio sistema político. Todavía creía posible hacerlo desde dentro del propio

⁵³ En los Anexos del libro figura su declaración recogida por la prensa tunecina, pp. 367-368.

sistema. Responsables del régimen y aún el mismo Bourguiba harán intentos de recuperar a Mestiri, levantando la medida de exclusión del partido y llegando hasta incorporarlo a tareas de gobierno. En junio de 1970 aceptará la cartera de Interior, en la que se mantendrá poco más de un año, hasta septiembre de 1971. Sus objetivos al llegar al Ministerio eran ampliar los márgenes de democracia en el partido y en el país, poner límites al poder de un Bourguiba con la salud muy deteriorada y acabar con el dominio del partido sobre la vida política del país. Pero pronto descubrirá que su capacidad de intervención era muy limitada, interferida por servicios especiales y centros de poder ligados a la presidencia.

La enfermedad del presidente y sus continuas estancias para cuidarse en el extranjero facilitaban vacíos de poder que aprovechaban los que querían impedir las reformas, que llegaron hasta acusar a Mestiri de complot, asociándolo con los disidentes y excluidos del partido. La situación llegó a ser insostenible cuando se le trató de imponer nombramientos de altos cargos en su ministerio, lo que le obligó a presentar su dimisión.

Liberales y ortodoxos: Mestiri y el congreso de Monastir en 1971

El congreso del PSD celebrado en Monastir en octubre de 1971, un mes después de su dimisión, mostró los bloqueos del sistema. Aunque las resoluciones aprobadas se mostraron favorables a una apertura, la intervención de Bourguiba a favor del partido único y del nombramiento de una dirección designada por él, de la que se excluían “liberales” como Mestiri, dejaba claro la imposibilidad de reforma. La comisión de disciplina del partido irá más lejos, decidiendo contra él una segunda expulsión del PSD. Lo que le acarreó ser excluido de su acta de diputado de la Asamblea en la que aún por unos meses se había mantenido emitiendo críticas al sistema de partido único.

Su conclusión de toda esta etapa fue que “era imposible aplicar la democracia en la lógica del partido único”. Su ruptura con el PSD era ya una realidad, iniciando una etapa de transición que se extenderá entre 1973 y 1978, integrado en el grupo de “disidentes o rebeldes” que habían tomado sus distancias con el partido desde el congreso y decidido a entrar en la “vía de la oposición”.

Coincide esta etapa con el avance en el deterioro de la salud del presidente que adopta medidas erráticas e improvisadas como la unión con Libia en enero de 1974⁵⁴. Los problemas planteados por la sucesión de Bourguiba y las luchas internas que provoca en el régimen, asociados a un clima de tensión por el deterioro de la situación social, hacen aflorar de la clandestinidad al grupo de los “Liberales”. En marzo de 1976 harán pública una declaración en la que muestran su voluntad de cambio, la necesidad de libertades, de una amnistía para los detenidos políticos, reivindicando el derecho a organizarse fuera del PSD, actuando en el marco de la constitución y de las leyes como alternativa de poder. Esta presión desde la sociedad civil tendrá sus efectos en ciertas medidas de apertura decididas por el poder, que permitirá la aparición de semanarios críticos como *Errai* y

⁵⁴ En un encuentro entre Bourguiba y Gaddafi en la isla de Djerba en enero de 1974 se llegó a firmar un documento por el que Túnez y Libia se fusionaban en una República Árabe Islámica, que contaría con Bourguiba como presidente y con Gaddafi como Jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas. La idea estaba inspirada por el ministro de Asuntos Exteriores Mohamed Messadi. Pero la improvisación del evento, llevado a cabo en ausencia de Túnez del Primer ministro Nuira y de la esposa de Bourguiba Wassila, y las reacciones en contra que provocó, anularon el proyecto. Unos días tarde Bourguiba destituyó a Masmudi.

Democratie o empeños como la Liga Tunecina de Derechos Humanos ligados a todos ellos a un miembro del grupo, Hassib Ben Ammar⁵⁵.

Pero el clima de tensión política y social continuaba agravándose, con un deterioro en las relaciones entre el gobierno y la central sindical UGTT, agitación universitaria, problemas internos en el gobierno y en la política exterior. El grupo de liberales, que la prensa comienza a denominar de “amigos de Mestiri” (para evitar esta personalización comenzará a llamarse “Movimiento de los Demócratas Socialistas”) se decidió a proponer públicamente un “Pacto Nacional” en octubre de 1977 que el mismo Mestiri llegó a exponer en sus líneas generales al propio Burguiba en un encuentro que recogió la prensa de la época. Pacto que no llegaría a concretarse por la marginalidad del grupo de liberales, en medio del deterioro de la situación política y social, con profusión de huelgas y una guerra abierta entre el gobierno y el sindicato, bien lejos de la actitud que parecía haberse establecido entre ambas instituciones desde el comienzo del gobierno de Hedi Nourira con la firma de un Pacto Social y el sostén dado por el congreso de la UGTT al “Contrato de progreso” propuesto por el primer ministro en 1977.

Ante la amenaza de huelga general convocada por la UGTT para el 26 de enero de 1978, el grupo de los liberales quiso intervenir como mediador entre el gobierno y el sindicato enviando una delegación compuesta por Beji Caid Essebsi, Hassib Ben Ammar y el propio Mestiri a entrevistarse con los dos principales contendientes, Nourira y el líder sindical Habib Achour⁵⁶. Pero el desbordamiento de la situación fue imparable ya, como se manifestó en la jornada del “Jueves Negro” en que la represión del movimiento a cargo del Ejército y de las fuerzas del orden se saldó con un duro balance de muertos. Mestiri acusará directamente a Burguiba de haber dado la orden por escrito de tirar contra los manifestantes, según le confirmaría años más tarde Abdallah Ferhat⁵⁷, ministro tunecino de Defensa durante los trágicos acontecimientos.

Tras el trauma del 26 de enero, Ahmed Mestiri decidió hacer una pausa y alejarse del “clima envenenado” en el país que había calado hasta en su propio movimiento, efectuando un periplo de reflexión e informativo por diversos países, dando a conocer en el exterior la situación tunecina. En París, primer destino, mantuvo encuentros con el director de *Le Monde*, con el historiador Charles André-Julien y con Lionel Jospin, encargado en el PS francés de los asuntos magrebíes. En la estancia en Estados Unidos, la más larga, fue conferenciante en Universidades de costa a costa, manteniendo entrevistas con consejeros gubernamentales, procurando medir sus comentarios para evitar malentendidos diplomáticos. De allí marchó a Londres, visitando Amnesty Internacional, a Viena, donde tuvo un encuentro con el canciller Kreisky, y a Bonn, donde fue recibido por Willy Brandt. En Marruecos y Argelia fue acogido por Hassan II y Bumedian, siempre cuidando que su visita no fuese interpretada en Túnez como una búsqueda de interferir en los asuntos tunecinos. Su recorrido le llevó finalmente a una visita relámpago a Bruselas, terminando en Riad y Dakar, donde mantuvo encuentros con el heredero y futuro rey Fahd y con el presidente Senghor.

⁵⁵ 1924-2008. Alcalde de Túnez entre 1963 y 1969, fue ministro de Defensa entre 1970-71. Dimitió de este puesto por la negativa de Burguiba de democratizar el PSD. Integrado en la oposición del MDS, fundará el periódico *Errai*.

⁵⁶ 1913-1999. Fue uno de los fundadores de la UGTT y secretario general del sindicato en tres ocasiones: De 1963 a 1965; de 1970 a 1978; y de 1984 a 1989. En 1956 protagonizó una escisión del sindicato, anulada en 1957. Fue acusado por el poder de ser el responsable de la tragedia del Jueves Negro, por lo que fue destituido de la secretaría general de la UGTT.

⁵⁷ 1914-1985. Ocupó diversas carteras (PTT, Transportes y Telecomunicaciones, Agricultura) antes de hacerse cargo de las de Defensa e Interior en los años setenta.

Las circunstancias de la creación, el 10 de junio de 1978, del Movimiento de los Demócratas Socialistas (MDS), así como el contexto en el que surgió son detallados en el capítulo III de la tercera parte dedicada a “La oposición”. Fundado por el grupo promotor en los locales del periódico *Errai*, que sirvió inicialmente de órgano y portavoz del partido, fue recibido con críticas que vinieron tanto de parte del régimen como de otros grupos de oposición, como el vinculado a Ben Salah, el Movimiento de Unidad Popular (MUP). Pronto el MDS crearía sus propios órganos de expresión, los periódicos *Al Mustakbel* y *L’Avenir*.

Un acontecimiento iba a influir en la evolución de la vida política tunecina: el asalto a un cuartel en Gafsa al cumplirse el aniversario de los sucesos del 26 de enero de 1978. Mestiri asegura que se trató de una operación “fabricada por Gadafi y sus agentes ayudados por los servicios secretos argelinos y las autoridades locales argelinas”, mal improvisada y desconociendo la realidad de la situación política interna en Túnez. Mestiri insiste en que este incidente se exageró dentro y fuera de Túnez por razones diversas, empezando por el propio Burguiba que recurrió a la ayuda de Francia que llegó a destacar su flota en el golfo de Gabes ante el temor de una desestabilización del régimen, objetivo perseguido al parecer por los instigadores de la acción.

Lejos de ello, el suceso produjo una unanimidad en el rechazo y el MDS mismo quiso expresar su solidaridad con el gobierno en una entrevista de Mestiri y Mohamed Moadá con Burguiba. A pesar de que éste mostró una actitud poco cordial en el encuentro, poco después intentó un acercamiento con Mestiri y fue levantada la exclusión del PSD contra el grupo de los liberales, incluidos Mestiri y Moadá. Estos, que habían sido firmantes de la solicitud (aunque no atendida por el gobierno) de creación del MDS, se consideraron no concernidos ni interesados por un retorno al PSD.

Mestiri y la “era Mzali”: disidencia

El impacto de los sucesos de Gafsa se combinará con la dimisión por razones de salud del primer ministro Hédi Nouira. Con su sustituto, Mohamed Mzali, el país vivirá un nuevo clima de apertura hacia la oposición, con el reconocimiento del Partido Comunista (PC) y el levantamiento del veto hacia nuevos partidos. También habrá cierta reconciliación con la UGTT, permitiendo la liberación de Habib Achour, que acabaría por recuperar más tarde la dirección del sindicato, tras su defenestración y encarcelamiento a raíz de los sucesos de enero de 1978. Formaría parte de este clima aperturista la disolución de la Cámara de Diputados y el anuncio de las primeras elecciones pluralistas de la historia tunecina el 1 de noviembre de 1981. Pero paralelamente se inicia una represión abierta hacia el emergente Movimiento de la Tendencia Islámica (MTI), hacia sus militantes y sus órganos de expresión, a los que se impide participar en las elecciones. Frente a este discurso aperturista, en el seno del régimen surgieron fuerzas que se opusieron a todo cambio, como se verá en los resultados de dichas elecciones en las que la manipulación descarada estuvo a la orden del día. Para Mestiri y para muchos observadores, se trató de una “mascarada escandalosa”, lo que acabarían por reconocer años después el propio Mzali y otros miembros del gobierno de entonces. Como telón de fondo influyeron las intrigas por la sucesión de Burguiba y su mismo comportamiento, “agravado por la edad y la enfermedad y convertido, desgraciadamente, en tema de irrisión por parte de sus compatriotas, de las Cancillerías y de los medios extranjeros”⁵⁸.

⁵⁸ Mestiri, *Ob. cit.*, p. 285.

El reconocimiento del MDS llegó a fines de 1983, tras el anuncio del primer congreso del partido para diciembre, lo que puso al gobierno en un aprieto, forzado a mantener sus promesas de apertura.

Pero las dificultades del gobierno tendrían raíces más profundas y se manifestarían en episodios de gravedad. El primero de ellos, los “disturbios del pan”, a fines de diciembre de 1983 y comienzos de 1984, supondría una dura prueba. Para Mestiri, se trató de una “verdadera revuelta popular”, la mayor desde la independencia, que sorprendió a todos, gobierno, oposición y sindicato incluidos, haciendo intervenir al Ejército de manera rotunda. La situación se calmó tras la intervención de Bourguiba anulando la subida de precios origen de la revuelta. Se encontró un chivo expiatorio en el ministro del Interior, Driss Guiga, que fue condenado, pero el régimen no sacó las consecuencias oportunas, volviendo a sus viejos métodos de represión y control de la vida política.

El país vivirá por entonces una crisis que se profundiza con acontecimientos de política exterior como la expulsión por Libia de miles de trabajadores tunecinos, el bombardeo de la sede de la OLP en Hammam-Chatt por la aviación israelí y el ataque a Libia por la aviación americana en abril de 1986. La protesta organizada por los grupos de oposición contra este hecho acabó con el encarcelamiento de varios líderes opositores entre ellos el propio Mestiri y Rachid Gannuchi⁵⁹, dirigente del MTI. A Mestiri le costaría cuatro meses de prisión.

Tras estos acontecimientos la credibilidad del primer ministro Mzali es puesta en entredicho y será poco a poco marginalizado por un entorno presidencial que acabará por imponer su reemplazo por Rachid Sfar, que poco podrá hacer ante un país al borde de la quiebra, con una economía deprimida y un régimen dirigido por un hombre “enfermo y senil”. Mestiri califica la situación del país de “barco ebrio”⁶⁰. El régimen se embarca en varios frentes represivos a la vez: sindical, estudiantil, partidos de oposición, y muy en especial contra el movimiento islamista, al que se acusa de ser apoyado por el régimen iraní. Un proceso contra sus dirigentes acabará con pesadas penas, algunas de muerte contra personas en rebeldía y otras a trabajos forzados como en el caso de Gannuchi. Bourguiba, insatisfecho con el veredicto que consideraba poco severo, intentará hacer revisar las sentencias, lo que acabará precipitando su propia caída.

Mestiri ante el “cambio” del 7 de noviembre

Zin el Abidin Ben Ali, que a principios de octubre de 1987 había pasado de ministro del Interior a Primer ministro, aprovechará esta posición para montar la operación del 7 de noviembre con la que se convertirá en Presidente de Túnez. La caída de Bourguiba era, para Mestiri, “necesaria, saludable y conforme a la Constitución”⁶¹. Hédi Baccouche, el nuevo primer ministro, informará personalmente a Mestiri de lo ocurrido y le pondrá al teléfono con Ben Ali. Para el MDS se impone el reconocimiento del nuevo régimen y la felicitación al nuevo jefe del Estado. El órgano del partido, *Al Mustaqbal*, publicará un editorial el 13 de noviembre titulado “Gagner le pari” (Ganar la apuesta), en el que se acuerda un “prejuicio favorable al artesano de esta operación”, por haber “quitado el

⁵⁹ Nacido en 1941. Diplomado en teología por la Zituna y en Filosofía por la de Damasco, cofundará la *Yamaa al Islamiya* en 1972, origen del MTI, y la revista islamista *Al-Maarifa* en 1974. Varias veces encarcelado bajo el régimen de Bourguiba se exiliará en época de Ben Alí en Inglaterra, de donde volverá a Túnez con la revolución de 2011 como dirigente del partido Ennahda. Desde 2019 preside el parlamento tunecino.

⁶⁰ Recurriendo a la expresión “Bateau Ivre” de un famoso poema de Rimbaud.

⁶¹ Mestiri, *Ob. cit.*, p. 306.

candado que bloqueaba todas las salidas a ojos de un pueblo joven y entusiasta”. Pero indicará también que se trataba de una apuesta difícil dadas las tareas que le esperaban”. El título del capítulo V de la tercera parte, “Le pari perdu”, confirma que fue una apuesta perdida.

Durante unos meses se mantuvo el “clima de optimismo”. La constitución de un comité para redactar un “Pacto Nacional”⁶², y la firma del Pacto por las diferentes fuerzas políticas, incluido el MTI⁶³, justificaron lo que Mestiri denomina una “verdadera complicidad con el Presidente Ben Ali mantenida hasta los primeros meses de 1989”. Pero la demora de las elecciones anticipadas solicitadas por el MDS enturbió ese clima, mostrando la negativa del nuevo régimen a “reconocer la existencia de una oposición seria y creíble, que ocupase su lugar en el seno de las instituciones representativas”. El nuevo poder se embarcó incluso en una operación de hacer proliferar nuevos partidos prefabricados.

La confianza empezó a quebrarse al rechazar el MDS integrarse en una coalición progubernamental a la manera de los “Frentes nacionales” de tiempos de Burguiba en que el partido único se sumaba a la UGTT y otras organizaciones nacionales. El partido hubo de soportar todas las invectivas del poder y, en el momento de las elecciones, en las que sostuvo a Ben Ali como candidato único a la presidencia, pero mantuvo sus siglas en las legislativas, le tocó sufrir un descalabro prefabricado. Se impuso para Mestiri la necesidad de retirarse “de puntillas” de la dirección del partido, a fin de no trabar la acción a sus sucesores. Decisión difícil, dada su identificación con un partido por él fundado y para un hombre como él *infectado* “por el virus político desde décadas”.

Los acontecimientos exteriores en Argelia y en Irak le harían recuperar un papel de cierto protagonismo. Su visita a Argelia en junio de 1990, en la que tuvo encuentros con numerosos responsables políticos del poder y de las fuerzas presentes en el nuevo clima abierto tras los trágicos sucesos de octubre de 1988, excluido el FIS, le permitió comprobar las sospechas de muchas de ellas hacia la colusión del Presidente Benyedid con los islamistas, establecida “con el objetivo de reducir el peso del Ejército en el aparato del Estado”. Comprobando de paso que el rechazo a dicha colusión había provocado en algunos el deseo de un retorno pleno del poder a manos del Ejército. Mestiri, a la luz de lo ocurrido más tarde, lanzará unas preguntas al aire: “¿Habría perdido Argelia tantas vidas humanas y [hubiera tardado] tanto tiempo en estabilizarse? ¿Habría hecho el FIS tabla rasa de los legados de la historia, de los imperativos de la geopolítica y de las limitaciones económicas? ¿Habría sido peor la alternativa en Argelia?”. Y dejará una respuesta incierta: “Probablemente no”.

Con Irak tampoco faltaban las dudas ante la posición a, marcando un itinerario ambiguo del MDS en la cuestión: condena de la invasión de Kuwait en un primer momento y reclamando la retirada de las tropas iraquíes y cambio de actitud más tarde tras las amenazas de intervención de los gobiernos americano y europeos. La clave estará en la actitud de la calle magrebí y árabe en general, contraria a toda intervención. El MDS participará junto con otras fuerzas de la oposición tunecina en una gran manifestación popular a favor de Irak a la que se sumará el propio partido en el poder, denominado tras la llegada de Ben Ali a la presidencia Reagrupamiento Constitucional Democrático (RCD).

⁶² Integrado por Mohamed Moad del MDS, Mohamed Charfi presidente de la Liga de Derechos Humanos, y Moncer Rouissi consejero del presidente.

⁶³ Que había cambiado su nombre por Ennahda con la promesa –incumplida más tarde– de ser legalizado antes de las elecciones.

La retirada política de Mestiri del MDS se hará extensiva a la militancia en su seno desde febrero de 1992, coincidiendo con las declaraciones de su sucesor, Mohamed Moadá, en el diario *La Presse*, en las que mostraba un “cambio sensible de actitud” hacia la corriente islamista. Mestiri precisa cuál era la suya:

“Estoy en desacuerdo con los islamistas en cuanto a la concepción de la sociedad, en el presente y en el porvenir, en cuanto a las relaciones de la religión con la política, el uso de la violencia como modo de acción, y la definición de los derechos humanos y de las libertades fundamentales”⁶⁴.

Siendo dirigente del MDS en 1986 se había negado a integrarse en una coalición opositora propuesta por Rachid Gannuchi y Abdelfattah Mourou como alternativa a Burguiba. Pero ello no le impidió tejer lazos de acción con el MTI ni para intervenir activamente contra las penas de muerte impuestas al final del mandato del viejo presidente. Al mismo tiempo Mestiri expresaba que la sabiduría política obligaba a mantener con la corriente islamista canales de diálogo que evitasen que se hundiera en un gueto que le condujera al extremismo. Su experiencia le demostraba que la política represiva de Ben Ali hacia los islamistas no solo no había reportado ventajas, sino que había obstaculizado la marcha hacia el Estado de derecho.

Las memorias terminan con un “Epílogo” en dos breves partes, dedicada la primera al “Milagro tunecino” y la segunda a “Las páginas sombrías de la historia de Burguiba”. Llama “milagro” a la revolución de enero de 2011 por haber provocado la sorpresa de todo el mundo, desde el poder, que respondió con dureza, a la sociedad civil o a los observadores extranjeros. Milagro, pero no “el sueño esperado”. Este epílogo está escrito a pocos meses del estallido de la revolución y trasluce cierto pesimismo por la reaparición en escena de enemigos urdiendo intrigas y por el entretenimiento mediático en lo que considera “querellas insignificantes y trasnochadas sobre las que había caído desde tiempo la cortina del olvido”, mientras la página del antiguo régimen no estaba pasada del todo. Cita concretamente el “debate estéril de la laicidad o la actitud a adoptar entre tradición y modernidad”. Y acaba echando de menos “el respeto de la tolerancia y los principios universales que fundan la civilización de nuestro tiempo” que marcaron aquella otra transición del protectorado a la independencia.

El segundo epílogo no se incluye tanto para recordar “las páginas sombrías” del régimen de Burguiba como para asumir responsabilidad, propia y colectiva, por no haber sido capaces de obligar a Burguiba a establecer un verdadero Estado de derecho. Y cita algunas de las desviaciones mayores cometidas por el viejo presidente. Pero al mismo tiempo el epílogo quiere resaltar la compatibilidad de los objetivos de buena gobernanza buscados por la revolución de 2011 con algunos de los logros mayores del burguibismo, como el modernismo, la igualdad hombre/mujer, el reformismo en el islam, el pragmatismo, la prioridad de la Enseñanza, la pertenencia a la civilización arabo-musulmana, el Gran Magreb o, incluso el despotismo ilustrado.

⁶⁴ Mestiri, *Ob. cit.*, p. 334.

Mohamed Mzali: Las justificaciones de un reformista⁶⁵

Desde la primera página del libro de memorias de Mohamed Mzali, se deja clara la razón por la que está escrito: reivindicar su itinerario de militante y patriota con el fin de denunciar el complot para apartarlo del poder del que se sintió víctima, cuando ejercía el puesto de Primer ministro en 1986. A la historia, escrita siempre por los vencedores, que en su país, dice, hicieron “torcer la realidad y desnaturalizar los hechos”, quiere aportar su versión de los mismos. Y señalar, de paso, a veces sólo con las iniciales tras las que se adivina fácilmente el personaje, a los artífices del que califica y muestra como verdadero complot. El libro, publicado por primera vez en Francia en 2004, tras un prolongado exilio de 16 años, fue reeditado en Túnez en 2010, año de su muerte.

El libro es un pormenorizado detalle de la actividad en los diferentes puestos públicos ocupados por Mzali desde el mismo arranque de la independencia: jefe de gabinete del ministro de Educación entre 1956 y 1958; director general de la Infancia, la Juventud y los Deportes (1958-1965); de Radiodifusión (1964-1968); secretario de Estado (ministro) de Defensa (1968-1969); ministro de Educación en tres ocasiones (1969-1970, 1971-1973 y 1976-1980); y finalmente Primer ministro entre 1980 y 1986, acumulando además el cargo de ministro del Interior entre 1984 y 1986. Aunque en la obra se detallan pormenorizadamente, como se ha dicho, las mil y una acciones llevadas a cabo durante más de tres décadas, es interesante consignar lo que él mismo resume, al final de la obra, como sus verdaderos logros, “que dan sentido y justificación a mi compromiso de patriota y de militante”:

“La creación de la televisión tunecina, la dirección de una revista perenne, la ley sobre el aborto, la implantación de la práctica deportiva, el lanzamiento de una serie de reformas para reforzar el proceso de democratización de la vida política, las numerosas acciones para promover una cooperación económica Sur-Sur”.

La obra está dividida en cinco partes, la primera, “La brasa y la ceniza”, se ocupa de encontrar las razones y sinrazones de su destitución. Las otras cuatro están dedicadas, unas, a narrar su itinerario de hombre público (“La edad de hombre”; “Todas las cuentas hechas”; “Primer ministerio: el hilo interrumpido”) y la última a describir su acción en el plano internacional (“Las relaciones internacionales: un tercer eje de mi acción”).

Hay que señalar que esta obra es algo más que un libro de memorias, pues es una reflexión sobre el ejercicio del poder y sobre la condición humana, pues el autor aprovecha los episodios de su vida para explicar y comentar las reacciones de su entorno y las actitudes de colegas, de amigos y enemigos.

Desde el título, Mzali se presenta como un Primer ministro de Bourguiba. La sombra (“pesada”, dirá) del padre de la nación está presente a todo lo largo de la obra, desde el impacto que causó en él en sus años de juventud y estudios, hasta el ejercicio de las distintas responsabilidades que ejerció,

⁶⁵ Mohamed Mzali: *Un Premier ministre de Bourguiba témoigne*, Sud Éditions, Túnez 2010, 428 páginas.

siempre por designación del propio Bourguiba, principal actor de la vida política del país. El reconocimiento a su figura, familiar, casi filial, es patente, pero no le impide a lo largo de la obra confesar las dificultades de relación con un Bourguiba con un “ego desmesurado”⁶⁶, que ejercía el poder “celoso de sus prerrogativas hasta el exceso”⁶⁷ y “cada vez más susceptible e influenciado con la edad”.

Mzali: Juventud y militancia desturiana

Nacido en 1925 en la ciudad de Monastir, cuna del presidente, con el que mantuvo siempre una relación de confianza, llegó a ser nombrado Primer ministro, como se ha visto, en un momento difícil de crisis política en el país, para sustituir a un desgastado Hédi Nouira que había sufrido un ataque cerebral. Se convirtió así, según prescribía un artículo de la constitución, en delfín y sucesor presunto de Bourguiba, lo que conllevó para él situarse en la diana de todo un núcleo de cortesanos animados sucesivamente por “las dos Pompadour del régimen”, enfrentadas entre sí: la segunda esposa del presidente, Wassila (llamada *la Majda*, la Gloriosa) y la sobrina, Saida Sassi (*Madame Nièce*). De ambas confiesa no haber sido su protegido sino, al contrario, “el hombre a abatir”⁶⁸.

Desbancado de su puesto el 8 de julio de 1986, tan sólo tres semanas después de haber sido reconocido públicamente por el propio presidente como su sucesor, Mzali mantiene la tesis de que fue víctima de un complot urdido a sus espaldas por quienes en la revista *Jeune Afrique* de la época habían sido considerados como la “trinidad satánica”, integrada por la citada Saida Sassi, Mansour Skhiri, jefe de gabinete del presidente y ministro de la función pública y Hédi Mabrouk, embajador de Túnez en París, futuro ministro de Asuntos Exteriores tras la destitución de Mzali.

La primera parte del libro se dedica a un ajuste de cuentas con el entorno de intrigantes que manipulaban al presidente en pleno naufragio por la edad y la salud, y creaban un ambiente en el que el propio Mzali se describe como “un ‘delfín’ en un pantano plagado de cocodrilos”⁶⁹. La razón de su destitución es explicada por la negativa a firmar un decreto que vaciaba la primatura de una serie de atribuciones importantes que se transferían al ministro de la función pública, el citado Skhiri. Toda una maniobra que asegura urdida para descalificarle ante Bourguiba, al que los redactores del decreto habían hecho firmar de antemano.

Tras la destitución, en un ambiente irrespirable, Mzali se verá forzado a su salida clandestina del país hacia el exilio, ante el temor a una represión por el régimen de la que varios ejemplos ofrecían ya la historia tunecina. A narrar su arriesgado éxodo y su llegada a Argelia donde sería bien acogido, dedica unas páginas en las que cuenta también el soporte y ayuda que recibió del Comité Olímpico Internacional a cuya dirección pertenecía.

La segunda parte, traza sus recuerdos de infancia y juventud, su proximidad a la familia de Bourguiba, sus primeros estudios en Monastir y su ingreso a los 15 años, ya en la capital, en el prestigioso Colegio Sadiki. De la segunda guerra mundial que tuvo a Túnez como uno de sus escenarios, apenas si cita como un espectáculo la llegada de los alemanes a la capital, sin resistencia alguna, el cierre

⁶⁶ Mzali, *Ob. cit.*, p. 238.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 422.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 21.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 19.

de las clases por aquellos días en el Colegio Sadiki y su retorno a Monastir, a donde habían llegado muchos refugiados de los bombardeos aliados sobre la ciudad de Susa.

La formación universitaria de Mohamed Mzali tendrá lugar en el París de finales de los 40, cursando estudios de Filosofía en la Sorbona con profesores como Maurice de Gandillac o Gaston Bachellard que le ayudaron a “resistir a las sirenas a la moda”, el marxismo y el existencialismo. Vuelto a Túnez fue afectado al Colegio Sadiki para enseñar lengua y literatura árabes, con cierta frustración por su parte por no poder enseñar la filosofía⁷⁰. Estos años anteriores a la independencia, que coinciden con el tiempo de la autonomía interna, serán de iniciación en la militancia neodesguriana, en el sindicato de enseñanza secundaria en el seno de la UGTT, en la redacción del semanario *Lioua El Hurria* (El estandarte de la libertad) y ofreciendo conferencias en diferentes ambientes sindicales del país sobre los derechos y deberes del ciudadano. Para él, la docencia era considerada como un sacerdocio y la pedagogía como “el acto de traer al mundo, no un cuerpo vivo, sino una conciencia que emergería de la bruma para, lentamente, abrir las pupilas del alma”⁷¹.

La tercera parte del libro lleva como subtítulo “Contribución a la edificación de un Estado moderno” y en ella Mzali relata su paso por diferentes departamentos en los que confiesa haber dejado cierta huella: la juventud y el deporte, la radio y televisión, la defensa nacional, la educación, la cultura y la salud pública. En todos ellos procuró conciliar pensamiento y acción, según sus diferentes tropismos: compromiso político y social, pasión por la escritura y literatura, vocación pedagógica e interés por el deporte.

El apartado dedicado a “las seducciones de Olimpia”, según su expresión, es en el que se detiene más de esta tercera parte, insistiendo en el olimpismo como filosofía de vida, en la práctica del deporte como un “humanismo en marcha”. Y también en los reconocimientos y agasajos de que fue objeto en su vida como miembro del Comité Olímpico Internacional tras el revés sufrido en su propio país.

Mzali en la Administración

Nombrado director general de la Infancia, la Juventud y Deportes a fines de 1958, estuvo durante seis años en ese puesto, vinculado a la presidencia y con categoría de secretario de Estado, asistiendo a los consejos de ministros. En la cercanía, siempre, de Burguiba. Es un capítulo, lleno de anécdotas y de realizaciones, desarrolladas por otra parte en un libro titulado *L'Olympisme d'aujourd'hui* publicado en 1984.

De su paso por la dirección de la radio y la televisión tunecina entre los años 1964 y 1968 resalta el haber sido el responsable de la inauguración de la segunda, a la que el propio Burguiba asignó un papel clave para influir en los comportamientos de los tunecinos. Mzali se atribuye haber contribuido, sobre todo desde Radio Túnez, a contrarrestar la introducción de programas orientales que, sobre todo desde la emisora “La Voz de los Árabes” en El Cairo, criticaban la política de

⁷⁰ Su memoria de licenciatura, dirigida por el profesor de Gandillac, fue precisamente un estudio comparativo de una polémica entre Algacel y Averroes.

⁷¹ Mzali, *Ob. cit.*, p. 105.

moderación y reformas de Bourguiba, ayudando de paso a crear una conciencia cultural tunecina que llevó al fomento de géneros musicales propios del país.

Mzali cuenta su desengaño por los excesos retóricos del nacionalismo árabe que tuvo ocasión de descubrir al asistir en 1957 al tercer congreso de hombres de letras dedicado a “El escritor y la nación árabe”. La delegación tunecina, presidida por el intelectual Mahmud Messadi⁷², defendió la libertad de expresión y de pensamiento del escritor frente a un auditorio que la acusó de derrotismo y de falta de fe en el nacionalismo árabe. Mzali fue confortado en privado por la lucidez de Taha Hussein y de Mahmud Taymur que acusaba a una “soldadesca mediocre” de haberse apropiado de las letras y las artes en Egipto.

Unos años más tarde, Mzali vivió en primera persona la enorme tensión de su país con Egipto a propósito del viaje que Bourguiba realizó por el Medio Oriente en el que pronunció en Jericó su famoso discurso de febrero de 1965. A su paso por Egipto, ante el mismo Nasser y el mariscal Amer, según cuenta Mzali en las memorias, Bourguiba se atrevió a criticar la política de rechazo practicada por los árabes, incluidos los palestinos, y la acción militar que llevó a la derrota de 1949 con la pérdida de buena parte de la Palestina atribuida en la partición efectuada por Naciones Unidas. En su confrontación con el presidente Nasser, Bourguiba se atrevió a criticar también la guerra que Egipto llevaba en Yemen y a calificar de retórica la política de unidad árabe del régimen egipcio. Del año y medio que pasó al frente del ministerio de Defensa apenas hay recuerdos en este libro de memorias, fuera de recordar al Ejército como una escuela de civismo y patriotismo en la que Mzali se asignó como tarea la de reforzar el espíritu republicano de la institución.

Con más detalle se ocupa del desempeño como ministro de Educación. Familiarizado con el tema educativo desde su primer puesto como jefe de gabinete de Lamine Chabbi, primer ministro de Educación tras la independencia entre 1956 y 1958, Mzali participó ya entonces en una comisión para la Reforma de la educación tunecina con vistas a su generalización, renacionalización y modernización. En aquella comisión se confrontaron dos posiciones, la más conservadora, que pretendía continuar la política ya iniciada durante el Protectorado por Lucien Paye gracias a las presiones neodesgurianas, que arabizaba la enseñanza de primero a cuarto año, incluido el cálculo, y la encarnada por Mahmud Messadi, por entonces jefe de servicio de enseñanza secundaria, partidaria de un bilingüismo desigual, con la lengua árabe como vehículo tan sólo para la enseñanza religiosa, la sintaxis y la morfología o la explicación de textos.

Bourguiba apostó por la segunda posición y Messadi fue nombrado ministro de Educación en 1958. Éste se lanzó a lo que Mzali califica de una “frenética política de ‘escolarización’ a ultranza”, con la apertura anual de 1000 clases para 50-60000 alumnos. Según su versión, esta política obligó a disminuir horarios de enseñanza para aprovechar en dos turnos los limitados locales. Lo más grave según Mzali fue el reclutamiento de millares de jóvenes de insuficiente nivel formados en *stages* ultra rápidos para improvisar el profesorado necesario. Según él, hubiera hecho falta un sistema más armonioso y progresivo, con profesores mejor formados a medida que se mejoraban las Escuelas Normales.

En esos años Mzali insiste en que el descenso de nivel, del alumnado y del cuerpo de profesores, fue notorio. En apoyo de esta afirmación aduce que el *Journal Officiel* llegó a publicar un decreto

⁷² 1911-2004. Escritor, secretario general de la UGTT entre 1948-1953 y secretario de Estado (ministro) de Educación y Asuntos Culturales entre 1958 y 1968.

que rebajaba la nota de ingreso y bachillerato a 8/20. Esta “democratización” demagógica de la enseñanza, de bilingüismo integral, produjo fracaso escolar y pérdida del dominio de las dos lenguas.

Todo ello llevó a lo que llama el “decenio Messadi” (1958-1968) y su desastre para la educación de toda una generación. El superministro Ahmed Ben Salah, vicepresidente de la comisión nacional encargada para evaluar el “decenio”, acabó asumiendo la secretaría de Estado (ministerio) de Educación “para intentar salvar lo que se podía”⁷³. Un año más tarde, el 7 de noviembre de 1969, caído Ben Salah en desgracia, fue sustituido interinamente al frente de la Educación por Ahmed Noureddine que, mes y medio después, fue reemplazado al frente del ministerio por el propio Mzali, que lo dirigió por primera vez entre noviembre de 1969 y junio de 1970. Cinco meses y medio en los que, confiesa, “no tuve tiempo de aplicar mis ideas de reforma global y no pude tomar las medidas adecuadas para elevar el nivel de la enseñanza”. De ese período data su proyecto de arabizar el primer año de primaria, lo que no fue del agrado de Burguiba. Relevado de su puesto, fue tildado de “arabista” y enemigo de lo francés.

Mzali entre liberales y ortodoxos

Volvió a ocupar la cartera de Educación entre octubre de 1971 y marzo de 1973, en pleno conflicto del régimen entre “liberales” y “ortodoxos” tras el congreso del PSD en octubre de 1971. Aunque Mzali confiesa no haberse comprometido con ninguno de los dos grupos, acabó aceptando de nuevo dirigir la Educación a solicitud del primer ministro Hédi Nourira, que capitaneaba la facción ortodoxa, con la esperanza de poder terminar de aplicar la reforma que había dejado interrumpida un año antes. El momento no era demasiado propicio, con una Universidad en plena disidencia con el régimen, castigada policialmente desde el ministerio del Interior. Pudo, sin embargo, según confiesa, sentar las bases de una reforma del sistema educativo, arabizando los primeros años de la enseñanza primaria para dar paso a la enseñanza del francés en cursos superiores, considerada como “obligación imperiosa” a fin de dotar al niño tunecino de un acceso a la modernidad y a la universalidad.

Una tercera vez más, no sin resistencias, debió ocupar Mzali la misma cartera ante las reservas de los partidarios del *statu quo* y de los “francómanos”, entre mayo de 1976 y su nombramiento como Primer ministro en abril de 1980. En las memorias se defiende contra la acusación de haber arabizado la enseñanza de la filosofía para reducir la influencia de los filósofos ‘rojos’ y la “dominante del pensamiento marxista y revolucionario entre alumnos y estudiantes”⁷⁴, cuando en realidad la decisión había sido adoptada por Driss Guiga en 1974, dos años antes de su llegada al ministerio.

Una de las tareas que confiesa más queridas y representativas de su vida fue la creación, siendo enseñante en el Liceo Alai, el primero de octubre de 1955, de la revista cultural *Al Fikr* (El Pensamiento), que logró mantener viva bajo su dirección, con una aparición mensual regular durante 31 años, hasta su caída política en julio de 1986. Para él, la aventura de *Al Fikr* representó

⁷³ Mzali, *Ob. cit.*, p. 191.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 202. La acusación de antifrancés provenía, entre otros, de Mohamed Charfi.

su contribución al deber del intelectual al “esfuerzo general que la independencia de nuestro país iba a exigir a cada uno de sus conciudadanos”, inscribiéndose en la trayectoria de otras revistas de pensamiento ya desaparecidas y que habían jalonado la historia cultural tunecina con el objetivo de “liberar las ‘mentes’ exorcizando el veneno colonialista”.

La revista, con la colaboración estrecha del profesor Béchir Ben Slama, a quien Mzali instaló en el ministerio de Cultura en los años en que fue Primer Ministro, acogió a escritores, estudiosos, artistas y pensadores de todas las tendencias, con un nivel de apertura ampliamente reconocido. Esta amplitud de miras, el “eclecticismo liberal” de su línea, como la denomina el propio Mzali en su libro, era, según asegura,

“lo menos que se podía pedir a un escritor que, como él, había inaugurado su obra con un libro sobre la democracia y que iba a consagrar una parte no despreciable de su acción política reformista a implantar esta práctica en el terreno de la vida cotidiana, a riesgo (...) de perder todos sus logros, a comenzar por la revista *Al Fikr* que no sobrevivió a mi exilio fuera de Túnez”⁷⁵.

La cuarta parte de las memorias, titulada “Primer ministerio: el hilo interrumpido”, trata de su gestión al frente de la primatura y las luchas que hubo de mantener contra los que sabotearon su experiencia.

Mzali primer ministro: el ejercicio del poder bajo Burguiba

En principio, su nombramiento, en una muy difícil coyuntura del país, un mes después del ataque a Gafsa por un comando entrenado por Gadafi e infiltrado desde territorio argelino con la voluntad de desestabilizar al país, fue el resultado de una elección entre Mohamed Sayah⁷⁶ y Mzali, gracias a la apuesta de Wassila Burguiba por este último, mejor conceptualizado por los universitarios y sindicalistas enfrentados al primero.

Mzali considera delicado el momento vivido por Túnez al asumir el cargo, con una situación social crispada, con huelgas continuas en sectores decisivos, un malestar en la Universidad aquejada de un asedio policial, un partido único esclerotizado y alejado de la población y un aislamiento diplomático, que evidenciaban que el régimen había perdido su credibilidad. No considerándose implicado en ninguno de los dosieres que habían provocado la crisis en el país, decidió asumir el riesgo aún a sabiendas de que, como “‘delfín constitucional’ era el blanco obligado de todos los obsesionados con el poder”⁷⁷.

Entre sus primeras acciones al frente de un gobierno en el que se había rodeado de personas de confianza y “abierto al diálogo”, entre ellos Béji Caid Essebsi al frente de Exteriores, estuvo restablecer la paz social con la UGTT, liberando numerosos de los detenidos desde la jornada del “Jueves Negro” de enero de 1978, subiendo el salario de los trabajadores y concediendo al sindicato

⁷⁵ Mzali, *Ob. cit.*, p. 110.

⁷⁶ 1933-2018. Dirigió el PSD entre 1964-1968 y 1973-1980. Fue el fundador de las controvertidas milicias del partido. Fue ministro de Equipamiento en tres ocasiones: 1971-1973; 1980-1983 y 1984-1987. Entre mayo y noviembre de 1987 estuvo al frente de la Educación. Tras la llegada de Ben Ali al poder, Sayah se retiró de la vida política.

⁷⁷ Mzali, *Ob. cit.*, p. 237. Por el artículo 57 de la Ley constitucional 76/37 del 8 de abril de 1976, en caso de vacante de la presidencia el Primer ministro era investido automáticamente de las funciones de presidente de la República.

la autonomía perdida entonces. Asimismo, estableció relaciones de confianza con opositores como Ahmed Mestiri, secretario del ilegal MDS, dando una muestra de su apertura hacia un pluralismo que intentaría establecer, sin demasiado éxito, a lo largo de su mandato.

Varios de los capítulos en que se divide esta cuarta parte tienen como centro la democracia, considerada por Mzali como el primer eje de su acción. En su apoyo cita la impresión positiva que causó en Ahmed Mestiri la entrevista que mantuvo con él como miembro de la oposición, convencido de su “intención sincera de proseguir en la vía de la apertura”. En esa vía reconoce haber logrado que Burguiba aceptase el pluripartidismo en su discurso ante el congreso del partido el 10 de abril de 1981, aunque no la amnistía que él proponía, a la que el presidente se opuso con rotundidad a fin de no perdonar “à trois salopards qui m’ont trahi”: Ahmed Ben Salah, Habib Achour y Mohamed Masmudi⁷⁸.

Pluripartidismo que se puso en práctica en las elecciones legislativas de noviembre de 1981 pero en el marco de “una experiencia saboteada”, como la define el propio Mzali. Sabotaje practicado desde la guerra abierta a propósito de las candidaturas que mantuvo con la esposa del presidente, Wassila, decidida a imponer sus candidatos. Guerra que se habría de evidenciar más crudamente en el escrutinio, con unos resultados manipulados que impusieron la “victoria total” de las candidaturas del PSD por orden directa del propio Burguiba al ministro del Interior Driss Guiga, ante el temor de unos buenos resultados de la oposición. Para Mzali, algunos “intrigantes próximos al palacio” de Cartago se propusieron, al sabotear la operación, hacerle perder credibilidad. Pero, de paso, se perdió también fue la credibilidad del régimen de Burguiba⁷⁹.

Mzali y el “complot” del pan: versiones

Sabotaje a su proyecto aperturista creía ver también Mzali en el que consideró “complot”, y no “revuelta” del pan, como comúnmente se conocen los sucesos de diciembre de 1983 y enero de 1984. La narración de lo ocurrido por Mzali no coincide con la versión que nos presentan otros memorialistas.

Empecemos por lo que cuenta Mzali. En el origen de esta crisis, que ve como “un plan concertado, premeditado y minuciosamente preparado por Wassila, Driss Guiga y sus comparsas”, responsabiliza a Burguiba por haber tomado la decisión de doblar el precio del pan, influido por un reportaje televisivo preparado por sugerencia de Wassila sobre su despilfarro, utilizado el pan para alimentar el ganado gracias a su precio subvencionado. El presidente, según Mzali, insistió durante las semanas que siguieron al 19 de septiembre de 1983 en hacer efectiva dicha medida, “brutal” a juicio del primer ministro que, según escribe, logró aplazarla hasta el primero de enero de 1984 con el fin de impedir “la inevitable deflagración social que acarrearía”. No había conseguido que el presidente aceptase una “descompensación progresiva de los géneros alimenticios de base”. La Caja de compensación, había subido vertiginosamente en una década, de 8,5 millones de dinares en 1973

⁷⁸ Mzali, *Ob. cit.*, pp. 255-256.

⁷⁹ Según le contaría más tarde en carta a Mzali el opositor baasista tunecino Mohamed Salah Hermassi, el propio presidente de Siria, Hafez el Assad, habría afirmado a propósito de la destitución de Mzali que era el único que hubiera podido “perpetuar el burguibismo” (p. 258).

a 184 en 1983, suponiendo un pesado fardo para la economía tunecina que pasaba por momentos difíciles y que, al fin y al cabo, el sentido para el que había sido instituida, “salvar el poder de compra de las personas con rentas débiles”, había acabado perdiéndose, ya que había terminado por beneficiar en mayor medida a las capas acomodadas.

Mzali se confiesa consciente, desde su toma de posesión en 1980, de la necesidad de “disminuir el déficit de la Caja de compensación” y cita al ministro de Finanzas de la época, Mansour Moalla⁸⁰, interesado en adoptar medidas en ese sentido. En un debate televisado en abril de 1983, el propio Moalla se habría pronunciado, para resolver la situación económica, en favor de renunciar a la gratuidad de la enseñanza y acudir a la verdad de los precios, provocando que Mzali interviniera telefónicamente en el debate para dejar claro que la gratuidad de la enseñanza era una adquisición del Túnez independiente y que sobre el precio del pan y los cereales aún no se había pronunciado el gobierno. Mzali argumenta que para aligerar la Caja de compensación era necesario que se hiciese por etapas y en concertación con todos los partenaires económicos y sociales, pero, por otra parte, su deber constitucional le obligaba a poner en práctica las orientaciones políticas, económicas y sociales del jefe del Estado. A fin de conciliar ambas cuestiones, dispuso entre octubre y diciembre de 1983 que se adoptasen por el gobierno una serie de medidas para paliar los efectos de la “decisión brusca” de Burguiba. Entre ellas, acuerdos con la UGTT y los gobernadores para ayudas a las familias más desfavorecidas. Malentendidos con el ministro de Economía nacional, Abdelaziz Lasram⁸¹, llevaron a la dimisión de éste en octubre, sintiéndose excluido de lo que se preparaba sobre la subida del precio del pan. Meses antes, en junio, Burguiba había prescindido del ministro de Finanzas, el citado Mansour Moalla, contrariado por una política económica de gastos excesivos y superfluos, algunos calificados por él de “courtisanerie budgétaire”, para agradar al presidente⁸². Los sucesos que estallaron en los últimos días de 1983 en diversos puntos del país, con protestas y disturbios, los interpreta Mzali “como orquestados por un manipulador disimulado”. Los enfrentamientos de manifestantes con las fuerzas del orden encontraron a estas, a juicio de Mzali, desmovilizadas, desarmadas en parte, en gran número de permiso y sin la prevención que el ministro del Interior, Driss Guiga, debió de alertarles ante la que llama la “semana de todos los peligros”.

Ante la persistencia de los disturbios, en un improvisado consejo de ministros el día 3 de enero en el palacio presidencial, Mzali dio la orden al ministro de Defensa de desplegar el Ejército en la capital para restablecer el orden. El estado de urgencia fue establecido en todo el país. Burguiba se reafirmó en su voluntad de doblar el precio del pan asegurando, a la pregunta de Guiga de si era irrevocable su decisión, que “no se fuerza la mano a Burguiba”. Mzali se dirigió a la nación por radio para confirmar la decisión de Burguiba a sugerencia del ministro del Interior. Quedando así a los ojos del pueblo como el instigador del alza del precio del pan. En ello vería más tarde una maniobra de “Guiga y sus acólitos” para endosarle la responsabilidad de los graves sucesos cuyo balance oficial fue de 84 muertos, 590 heridos civiles y 384 heridos de las fuerzas del orden.

Tres días más tarde, el 6 de enero de 1984, Burguiba, viendo las consecuencias de la medida, cambió su postura decidiendo bajar el precio del pan a un precio intermedio entre el anterior y el de la

⁸⁰ Nacido en 1930 en Sfax. Secretario de Estado (ministro) de Industria y Comercio de 1967-1968. Ministro de PTT (1969-1979), del Plan (1970-1974) y de Finanzas y del Plan (1980-1983). Es autor del libro de memorias *De l'indépendance à la Révolution. Système politique et développement économique en Tunisie*, Sud Editions, Túnez 2011.

⁸¹ 1928-2017. Ministro de Economía Nacional de 1974-1977 y de 1980-1983.

⁸² Mansour Moalla, *Ob. cit.*, p. 490.

subida, sin consultar al propio Mzali. Éste, dispuesto a dimitir, logró convencer a Burguiba para volver al viejo precio, adoptando en los meses siguientes unas medidas fiscales que compensaran la decisión. A ojos de Mzali, las intrigas de Guiga siguieron, tratando de convertirle en el chivo expiatorio de la crisis, movilizándolo al pueblo en favor de Burguiba y poniéndolo en contra del primer ministro pidiendo su dimisión. Sin embargo, el presidente confirmó en su puesto a Mzali, desoyendo a Driss Guiga, que fue destituido de su puesto de ministro del Interior⁸³.

A partir de ese momento Guiga se convirtió en la diana de la cólera de Burguiba, en la verdadera víctima de la crisis. El consejo de ministros decidió crear una comisión de encuesta sobre los sucesos que descargó toda la responsabilidad sobre el exministro del Interior quien, ante el giro de los acontecimientos, había abandonado Túnez, siendo condenado a 10 años de prisión en rebeldía por alta traición unos meses más tarde.

El relato de estos sucesos cambia según los testimonios. El de Béji Caid Essebsi, ministro de Exteriores en el momento, coincide en muchos aspectos con el de Mzali⁸⁴ aunque no en la interpretación de la crisis. Para Caid Essebsi fue una prueba de la debilidad del equipo de gobierno del que formaba parte, además de una trampa en la que Mzali cayó. Habla de la insistencia de Burguiba en el aumento del precio del pan y de la presión que esta insistencia ejerció sobre Mzali. Essebsi da cuenta de las medidas que previó el gobierno para una gradual reducción del peso de la Caja de compensación y califica de “brutal” la decisión del primer ministro de doblar el precio del pan, cargando sobre Mzali la responsabilidad última. Esta crisis fue según él en suma, “el punto de partida de un proceso de degradación progresiva de la situación política, económica y social” que acabaría produciendo hechos decisivos, entre otros la caída de Mzali y, poco después, del mismo régimen burguibista. Pero frente a la tesis del complot defendida por Mzali en su libro, Caid Essebsi asegura que, sin menospreciar la responsabilidad de la “actitud negativa” de Wassila Burguiba y Driss Guiga en los acontecimientos, era difícil sostener dicha tesis y, desde luego, explicarlo todo por ello. Habla de amateurismo en la gestión, de miopía política para no haber comprendido los cambios de la sociedad tunecina desde la independencia. El entonces ministro de Exteriores intenta situarse entre los que no estaban de acuerdo en doblar el precio del pan⁸⁵.

Las versiones sobre cómo se tomó la decisión final de volver al precio inicial del pan difieren entre Caid Essebsi y Mzali. Para el primero, Mzali se resistió inicialmente a bajar el precio por los compromisos compensatorios ya adoptados con la UGTT y varios ministros, mientras en las memorias de Mzali fue él mismo quien sugirió de entrada a Burguiba el retorno al antiguo precio. Para Caid Essebsi la falsa salida de la crisis se saldó haciendo saltar como “fusible” al ministro del Interior, iniciando Mzali contra él un proceso “por un banal arreglo de cuentas”, de cuya futilidad comentó el ministro de Exteriores a Burguiba, quien “dejó hacer para confortar a su Primer ministro”.

La versión de otro testigo de la crisis, y actor en cierta medida, aunque fuera del gobierno en el momento de los hechos, Mansour Moalla, titular de Finanzas hasta junio de 1983, es más cruda que

⁸³ Mzali asumiría la cartera de Interior hasta su destitución dos años después.

⁸⁴ Béji Caid Essebsi, *Habib Bourguiba. Le bon grain et l'ivraie*. Ver p. 216 y el capítulo “La fracture sociale”.

⁸⁵ Mzali insiste en que en el consejo de ministros en el que se tomó la decisión de doblar el precio del pan, ninguno de los presentes expresó a Burguiba oposición alguna. Ver Mzali, *Ob. cit.*, p. 289.

la de Essebsi, y contraria a la de Mzali. La historia, como se ha visto más arriba, había tenido antecedentes unos meses antes en las pugnas económicas que acabaron con la salida del gobierno del propio Moalla. Éste, muy crítico con el fraude electoral de 1981 que supuso un descrédito de Mzali y del propio gobierno, lo será también con la manera de abordar la crisis económica que empezaba a ser visible y contra la que se adoptaban medidas demagógicas (subidas exageradas de salarios, gastos presupuestarios en aumento, que llevaron la inflación al 14%). Las tensiones como ministro de Finanzas con Mzali fueron en aumento ya que, según Moalla, para el Primer ministro su única preocupación era suceder a Burguiba, para lo que buscaba popularidad, oponiéndose a las medidas de austeridad preconizadas desde el ministerio de Finanzas. Esta es la versión de Moalla sobre los “sucesos del pan”:

“Animado por un súbito deseo de buena gestión y creyendo poder hacer el *Zorro* [sic] en materia económica, pensando poder dirigir la evolución económica dando órdenes como a un ejército, Mzali va a encender la mecha convirtiéndose brusca y demasiado desordenadamente a la *verdad de los precios* después de haberla ridiculizado como obra de técnicos y de burócratas limitados sin vinculación con el pueblo. Así el 19 de septiembre de 1983 anunció la decisión del gobierno de suprimir, a finales del año, *la compensación*, es decir la subvención presupuestaria para los productos cerealeros y especialmente el pan”.

Las memorias de Mohamed Mzali nos lo muestran como un político dialogante, conciliador, partidario de la democratización del país. Sin embargo, el proceso seguido contra Guiga nos muestra una cara diferente en la que sus fobias y sus filias se manifiestan abiertamente. Aunque asegura que fue Burguiba quien decidió la comisión de encuesta que llevó al proceso y condena del ministro del Interior, el tono en el que le acusa y habla de las conclusiones de la comisión, que “demostró” que había fomentado un complot para acceder al puesto de Primer ministro, parecen dar la razón a la versión de Moalla acerca del combate de Mzali contra quienes dificultaban sus propósitos.

No escasean en el libro ajustes de cuentas con determinados personajes de primera fila, aunque a veces se muestre discreto con quienes en momentos de dificultad tras su exilio no lo apoyaron o lo traicionaron, negándose a citar sus nombres. Será sin embargo bien explícito en sus fobias hacia personas como Tahar Belkhodja, Mansour Skhiri o el mismo Habib Achour, a quien llega a acusar de “frustrado, maligno y malicioso”, citando sus connivencias con Gadafi en momentos complicados de la historia tunecina.

En las memorias de Hédi Baccouche, que fue colaborador de Mzali tras los sucesos del pan, nombrado director del PSD en marzo de 1984, la decisión de doblar el precio del pan provino del propio Primer ministro, presionado por el presidente y con el beneplácito de Habib Achour, satisfecho por las medidas compensatorias pactadas⁸⁶. Su relato sigue de cerca el punto de vista de Mzali. Éste habría declarado a medios franceses, que la responsabilidad de los disturbios recaía en “un amasijo de grupúsculos de opositores [que iban] desde la extrema derecha, es decir, jomeinistas, hasta la extrema izquierda” cuyo objetivo “no era el pan sino la lucha por la sucesión”. Cuando Burguiba, inquieto por la evolución de los acontecimientos, dio marcha atrás en la subida del precio, fueron su esposa, Guiga “interesado por la sucesión” y Mongi Kooli director del partido, quienes llamaron a la población para vitorear al presidente y expresar su oposición a Mzali. Guiga habría intentado forzar la situación, planteando al presidente la necesidad de un nuevo gobierno, lo que Burguiba consideró una injerencia en sus prerrogativas y motivó su destitución, confiando al

⁸⁶ Hédi Baccouche, *En toute franchise*, apartado “Les émeutes de Janvier 1984”, p. 349.

propio Mzali su cartera. Baccouche recoge los cargos de la comisión de encuesta sobre Guiga y su condena por el Alto Tribunal, sin enjuiciar la oportunidad o justeza de los mismos. Pero en contra de los que otros opinan que para Mzali fue el inicio de su caída, Baccouche parece sin embargo sugerir que la salida de la crisis reforzó a Mzali, permitiéndole “ejercer con más libertad su responsabilidad de Primer ministro”, liberado, además, de la tutela de Wassila Burguiba que será, junto con Driss Guiga, la principal derrotada de la crisis.

Otros memorialistas más neutrales, como Ahmed Mestiri, que no vivió de cerca los acontecimientos como se vio más arriba, vio en la raíz de éstos causas económicas y sociales que provocaron un estallido espontáneo de la población, el más grave desde la independencia⁸⁷. Pero el poder, lejos de aprovechar la crisis para atajar las raíces que la provocaron corrigiendo las disfunciones del propio sistema de gobierno, buscando reforzar una política de apertura hacia la sociedad civil, se decidió a buscar un chivo expiatorio encontrándolo en la figura del ministro de Interior y volviendo a sus peores hábitos de represión. El propio Mestiri lo habría de sufrir encarcelado tras una manifestación en contra del bombardeo a Libia por la aviación americana en abril de 1986.

El libro de memorias de Mzali acaba con una quinta y última parte dedicada al que consideró el tercer eje de su acción: las relaciones internacionales. Sin embargo, este ámbito era prerrogativa, según la constitución, del Presidente, que lo tenía como su coto privado. Le quedaba pues un estrecho margen, consistente sobre todo en aportar un tinte particular a las directrices marcadas por Burguiba: cierto voluntarismo en la cooperación con Argelia, Marruecos y los países del Golfo, así como cierta promoción de una “cooperación sur-sur susceptible, a sus ojos, de ayudar al desarrollo solidario de los países periféricos”.

Conclusión

Las tres figuras cuyas memorias nos han permitido acercarnos a la historia tunecina del siglo XX han ejercido parcelas significativas de poder bajo Burguiba. Han sido colaboradores estrechos del Presidente, como ministros, como consejeros próximos e incluso, en el caso de Mzali, como delfín. Esa circunstancia les ha permitido conocer de cerca a quien ha controlado todas las riendas de un poder ejercido de manera personal y autoritaria entre 1956 y 1987. Los tres libros de memorias son también, de alguna manera, biografías de Burguiba, relatos de la relación que mantuvieron todos ellos con el presidente. Los tres autores han visto de cerca, y sufrido además, el deterioro físico progresivo que ha mermado las capacidades del “Combatiente supremo”. Esta circunstancia ha permitido que en torno al Presidente surjan camarillas que explotaron sus debilidades, figuras que influyeron en sus decisiones o las manipularon. No parece que ninguno de los tres haya formado parte de dichas camarillas, aunque inevitablemente debieron coexistir con ellas⁸⁸. Ante esa situación los tres autores, en función del momento, decidieron contemporizar u oponerse.

Los tres se han mostrado en sus libros partidarios de una mayor apertura a la que Burguiba opuso resistencias. Dos de ellos, Caid Essebsi y Mestiri se han considerado situados en una corriente liberal

⁸⁷ Ahmed Mestiri, *Témoignage pour l'Histoire*, Sud Editions, Túnez 2011.

⁸⁸ Otros memorialistas con fuerte rivalidad con alguno de los autores estudiados no opinan lo mismo. Es el caso de Tahar Belkoudja en su libro *Les trois décennies Bourguiba*, Arcantères Publisud, París 1998, 286 páginas.

y han sufrido por ello momentos de apartamiento de las esferas de poder o, en el caso de Mestiri, le han llevado a rupturas con el régimen. Mzali ha sido quien ha escalado más alto, probablemente por una mayor capacidad de ambigüedades y contemporización, aceptando los mayores riesgos en circunstancias difíciles y soportando embestidas de un entorno hostil a las que resistía, pero poniendo en juego su credibilidad. Acabó siendo su propia víctima.

Caid Essebsi, Mestiri y Mzali pertenecen a la era Bourguiba. Ninguno de ellos, por razones diversas, tendrá una presencia significativa en la era de Ben Ali. El primero apenas si desempeñó papeles muy secundarios bajo su régimen, lo que le permitiría ser rescatado tras la revolución de 2011. Mestiri se fue apartando incluso de la dirección del partido que fundó, asumiendo una función más reflexiva y autocrítica que acabaría plasmando en sus memorias. Mzali fue desactivado ya desde los últimos tiempos del bourguibismo, obligado a un exilio del que apenas si volvió poco antes de su muerte. Ninguno de los tres se pronuncia sobre la naturaleza del régimen que implantó Ben Ali y el silencio sobre su figura habla por sí solo. El contraste entre las tres memorias no presenta desencuentros importantes, pero sí aporta matices en la percepción de episodios difíciles que todos ellos vivieron de más o menos cerca. Muestran hasta qué punto la historia tunecina del siglo XX fue una historia compleja, en la que los matices son imprescindibles para poder profundizar en ella y las memorias constituyen un importante elemento para su reconstrucción e interpretación.